GRAMSCI Y LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Javier Mena



Diseño de portada: Plaza y Valdés, S.A. de C.V.

Ilustración de portada: Eugene Delacroix, 1830, La libertad guiando al pueblo sobre las barricadas, Museo del Louvre, París, Francia.

Esta edición estuvo al cuidado de: Dora Kanoussi

Primera edición en: Plaza y Valdés, mayo de 1996

GRAMSCI Y LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Editado en México por Plaza y Valdés Editores.
Manuel María Contreras No. 73, Col. San Rafael
México, D.F., Tel. 705-00-30

ISBN: 968-856-430-3

IMPRESO Y HECHO EN MEXICO

Advertencia

Este es el último trabajo que dejó hecho Javier Mena, junto a una serie de cuadernos con notas para sus clases y ensayos sobre Gramsci, historia de México y Freud.

La selección que se presenta aquí se hizo desde la edición crítica (cronológica) de Valentino Gerratana en el Instituto Gramsci, publicada por Einaudi en 1975: *ANTONIO GRAMSCI "QUADERNI DEL CARCERE"; Edizione Critica dell Istituto Gramsci A cura di Velentino Gerratana. Einaudi Editore. Torino. 1975.*

(Señalados al final de cada nota con C)

El orden de la selección se presenta tal como la dejó J. M. en manuscrito y a máquina.

El modo de presentar los textos constituye una de tantas lecturas posibles de los escritos de Gramsci en la cárcel; sin embargo llama la atención el hecho que esta reúne en un solo trabajo dos de los temas que más apasionaban a Javier: la obra de Gramsci y la Revolución francesa. De ambos tuvo un conocimiento a fondo.

Por último, también es interesante señalar el hecho de que con esta manera de seleccionar textos de los Cuadernos de Gramsci, Javier Mena guiándose por las anotaciones de Gramsci sobre la Revolución francesa presenta a la "Filosofía de la praxis", como un marxismo abierto y original, que une filosofía y ciencia, política e historia, sin confundirlos.

En ello parece consistir esta última aportación a la difusión del pensamiento de Gramsci hecha por Javier Mena.

Dora Kanoussi

Gramsci y la Revolución francesa[1] (Selección y traducción de Javier Mena)

Presentación

Sólo una *visión totalizadora* de los fenómenos históricos y políticos daría cuenta de ellos para poder transformarlos. Asi se expresó Antonio Gramsci en oposición a los "marxistas" que reducían los momentos políticos a fórmulas, aunque éstas fueran éstas extraídas de los clásicos.

Desgraciadamente las vicisitudes bajo las cuales ha tenido que desarrollarse el estudio del pensamiento gramsciano concluyó haciendo con él lo mismo.

Frecuentemente escuchamos los términos de hegemonía, sociedad civil, bloque histórico, revolución pasiva, nuevo príncipe... fórmulas parciales, descontextualizadas y por ello mismo dogmáticas.

A esa actitud se enfrenta la *concepción totalizadora* que Gramsci exigia. Sabedor de ello -además de ser profundo conocedor del pensamiento del filósofo, historiador y político italiano—Javier Mena[1] se opuso persistentemente a la vulgarización de sus teorías.

[1] Javier Mena Gutiérrez llegó a Puebla en 1979 para fundar el Colegio de Antropología en la Universidad Autónoma de Puebla. Con la colaboración de Marcela Lagarde, Daniel Cazés y otros profesores, él elaboró el primer plan de estudios, y dedicó los primeros dos años a dictar las materias del tronco histórico: "Formación económico social mexicana", de la II a la IV (Colonia, Siglo XIX, Porfiriato y Revolución mexicana, y

Sólo un pensamiento totalizador podría entender a Gramsci, pero más importante que ello, podría entender lo que Gramsci intuía, buscaba: un pensamiento que surgiendo e identificándose con la práctica deviniera aceleración del proceso histórico; es decir, la identificación crítica teórica-práctica; cuando la práctica se demuestra una necesidad racional y la teoría es realista, realizable.[2]

Obviamente la fórmula anterior, como todas las ecuaciones gratnscianas, puede ser descontextualizada y tergiversada. Ella es, al igual que las demás, una formulación *histórica* cuya explicación procede de una práctica real. Gramsci, además de -y no a pesar de- ser un humanista, era absolutamente historicista.

La teoría de Gramsci -que como Javier Mena enseñaba en sus cursos, no puede ser reducida a manuales- elabora -es más preciso decir *crea*- un conjunto de categorías que por su expresión (en apariencia aleatoria, dada por las condiciones del confinamiento carcelario) conforman un pensamiento to-

Estado contemporáneo); paralelamente coordinó un Taller de investigación sobre el Estado todo ese tiempo.

En el Taller se discutían aspectos teóricos, fincados en la teoría gramsciana; mientras para las clases se profundizaba el estudio historiográfico de México.

Su relación con el trabajo era completamente pasional. Lo vi estudiarse obras completas como la de Lucas Alamán o la de José María Luis Mora o las casi dos decenas de volúmenes de la historia del porfiriato editada por el colegio de México en pocos días. El resultado fue una visión original de nuestra historia -de la que por desgracia sólo queda la memoria de los alumnos y algunas notas en los cuadernos de Javier- y, por la parte metodológica, una lectura propia de la teoría gramsciana, que se apunta en el libro *Sobre el concepto de revolución pasiva (Una lectura de los Cuadernos de la cárcel),* de Dora Kanoussi y Javier Mena, UAP 1985, México.

A ella se agrega esta selección y traducción de las notas que Gramsci escribió en los *Cuadernos de la Cárcel* acerca de la Revolución francesa, hechas por Javier Mena como apoyo y sustento a su interpretación del pensamiento del ñlósofo italiano.

[2] Ese era el pensamiento al que Javier se suscribió la mayor parte de su vida, como militante del Partido Comunista en la década de los 70, y como investigador universitario en la de los 80, al final de la cual, hizo la selección de estas notas y su traducción que esperaba él ver publicadas en 1989 en el bicentenario de la Revolución francesa.

miento totalizador fragmentariamente expresado y más aún comprendido. Dicho pensamiento "traduce" lo económico sin automatismos ni mecanicismos; y viceversa; traduce igualmente lo filosófico a lo político y a lo económico según las circunstancias históricas.

Por ello es que él, al poner en movimiento todo el engranaje de las categorías gramscianas las eslabonó en un concepto abarcante, totalizador, el de "revolución pasiva".[3]

Aunque es difícil precisar si es la formulación más correcta, al menos aventaja a otras (como los serios y extensos trabajos de María Antonieta Machiocci, centrados en la "toma del poder", y de Christine Buci-Glucksmam, que prioriza el "Estado"; o como los de Hugues Portelli, del "bloque histórico" o del "príncipe moderno" de Laso Prieto), por el énfasis que coloca en lo histórico, y porque al igual que la realidad ciñe lo complejo, la totalidad, más que el aspecto.[4]

La revolución pasiva, según la interpretación que Javier Mena hace de Antonio Gramsci, el mejor retrato de nuestra época (más útil sería decir es la película de nuestra época, en tanto que observa el fenómeno complejo y además en movimiento, mientras que el retrato es parcial y estático); revolución restauración, "que todo cambie para que todo siga igual" -usando la formulación todavía útil del príncipe De Lampedusa: el *gatopardismo.*

De su original lectura de los apuntes sobre la Revolución francesa de Antonio Gramsci, Javier Mena dedujo dos cánones básicos:

[3] Op. cit.

[4] María Antonieta Machiocci: *Gramsci y la revolución de Occidente,* Siglo XXI editores, México, tercera edición 1977. Christinc Buci-Glucksmann: *Gramsci y el Estado,* Siglo XXI editores, México, tercera edición 1979. Huges Portelli, *Gramsci y el bloque histórico,* siglo XXI editores, México, tercera edición 1976. José María Laso Prieto: *Introducción al pensamiento de Gramsci,* Editorial Ayuso, Madrid, España s/fecha.

1. *La revolución por oleadas.* No se puede juzgar a una revolución nada más por el momento más o menos brusco del cambio de poderes. Escribe Gramsci, refiriéndose a la Revolución francesa:

> Realmente las contradicciones internas de la estructura social francesa que se desarrollan después de 1789 hallan una relativa consolidación sólo con la Tercera República, y Francia alcanza 60 años de vida política equilibrada después de 80 de perturbaciones en oleadas cada vez más largas: 1789, 1794, 1799, 1804, 1815, 1830,1848,1870. Es precisamente el estudio de estas "oleadas" de oscilación diversa lo que permite reconstruir, por una parte, las relaciones entre estructura y superetructura, y por otra, las relaciones entre movimiento orgánico y movimiento de coyuntura. Se puede decir que la mediación dialéctica entre estos principios se puede encontrar en la fórmula político-histórica de revolución permanente.

2. *El concepto de revolución.* De ella se concluye puntualmente la visión de revolución que tenía Gramsci: mucho más amplia que la mera "toma del poder", se trata de la instauración de un nuevo mundo productivo, de la mano de una nueva hegemonía, y una profunda y radical reforma intelectual y moral; o sea la fundación de una nueva civilización.

De la ciencia política

Del estudio de la Revolución francesa, Gramsci obtiene algunas de sus conclusiones metodológicas más relevantes. Por ejemplo, la distinción entre los momentos de dominio y de dirección, es decir, la aplicación práctica de la *hegemonía:*

> El criterio metodológico sobre el que es necesario establecer el examen propio es éste: la supremacía de un grupo social se manifiesta en dos formas, como "dominio" y como "dirección intelec-

tual y moral". Un grupo social domina a los grupos adversarios, a los que tiende a "liquidar" o someter, incluso por las armas, y es dirigente de grupos afines y aliados. Un grupo social puede y, más bien, debe ser dirigente ya antes de la conquista del poder gubernamental (ésta es una de las condiciones principales para la conquista misma del poder).

De ahí la necesidad de conquistar la hegemonia -entendida como "dirección intelectual y moral", nada caprichosa ni voluntarista, sino erigida sobre la práctica- antes de la conquista del poder gubernamental.

Como dice más adelante:

De la política de los moderados se deduce que se puede y se debe tener una actividad hegemónica, aun antes del ascenso al poder, y que no basta contar sólo con la fuerza material que da el poder para ejercer una dirección eficaz. La brillante solución de estos problemas ha hecho posible el *Risorgimiento,* en las formas y límites en los que se ha realizado, sin "terror", como "revolución sin revolución", esto es, como "revolución pasiva"...

Sin dejar de lado que son fórmulas que se fincan en la historia concreta de los pueblos sino, por el contrario, bajo el entendido de que toda ciencia política no es más que un corte en el proceso histórico, Gramsci -como lo demuestra la selección hecha por Javier Mena- concreta su concepto de hegemonía como criterio de ciencia política, y por lo tanto como explicación histórica de fenómenos específicos como la revolución francesa y el *Risorgimiento* italiano:

El ejercicio "normal" de la hegemonía -escribe Gramsci- en el terreno clásico del parlamentarismo está caracterizado por la combinación de la fuerza y el consenso que de diversas formas se equilibran sin que la fuerza se sobreponga demasiado al consenso, más bien buscando lograr que la fuerza aparezca soportada por el

> consenso de la mayoría. Consenso manifiesto en los así llamados organismos de opinión pública -periódicos y asociaciones, los cuales, por esto, en ciertas situaciones son multiplicados artificialmente. Entre el consenso y la fuerza se halla la corrupción-fraude (que es característica de ciertas situaciones de difícil ejercicio de la función hegemónica en las cuales es muy peligroso el uso de la fuerza), es decir, el enervamiento y la parálisis provocada a los antagonistas mediante la cooptación de sus dirigentes, sea encubiertamente, sea abiertamente, en caso de peligro emergente, trastornando y desordenando las filas antagonistas.

Gramsci analiza el esquema franacés por su ejemplaridad como canon de interpretación histórica y lo compara con las "revoluciones sin revolución" de Alemania e Italia e incluso con la señera de Inglaterra. "En Francia se obtiene el proceso más rico en desarrollos y elementos políticos activos y pasivos", dice.

Si con un golpe de fuerza los jacobinos forzaron la historia fue porque crearon un nuevo Estado, el Estado nacional francés, el Estado que correspondía a la estructura que se afianzaba, al capital: "hicieron de la burguesía la clase nacional dirigente, hegemónica", "dieron al Estado una nueva base, creando la compacta nación moderna francesa."

Si al contrario, en Italia -que era el objeto fundamental de la preocupación gramsciana- no se formó *un partido jacobino* fue por la debilidad de la burguesía italiana.

Mas, junto con el capital nació la *historia universal.* Se inició como "descubrimiento", conquista y acumulación originaria; luego como predominio de las relaciones capitalistas de producción y del pensamiento liberal burgués a nivel mundial.

La Revolución francesa profundiza a nivel mundial una tendencia existente y refuerza las condiciones "objetivas y subjetivas" -dicho esto en concesión a un lenguaje que es de la época, pero no gramsciano- del advenimiento de un nuevo mundo

productivo, de una reforma intelectual y moral, de una nueva civilización.

Frente a ello, en las condiciones históricas del *Risorgimiento* italiano, estas tendencias aparecen bajo la forma de un Estado dominador, el *Estado Piamonte,* que opera bajo la iniciativa de "fabricar al fabricante", de crear a la clase cuya expresión es débil; por eso se rige con la política económica de "ajuste del aparato gubernamental, caminos, ferrovías, telégrafos y saneamiento de las finanzas..."

Javier Mena desarrolla ampliamente esta categoría gramsciana en el libro *Sobre el concepto de revolución pasiva...* Ajustándonos al trabajo aquí presentado, podemos decir que este corrobora las tesis en él manejadas.

La idea de revolución pasiva es usada por Gramsci:

Primero, para desmitificar los parteaguas históricos, para colocarlos en su justa dimensión en tanto las revoluciones aparecen como un proceso en oleadas, que no se cumplen del todo sino hasta que su principio hegemónico deja de tener sentido, hasta que crea las condiciones de su propia extinción, hasta que por haberse realizado exigen una nueva hegemonía.

Segundo; la revolución pasiva es entonces un proceso histórico universal de revolución restauración donde avances y retrocesos van significando los reajustes habidos entre estructura y superestructura, entre el desarrollo de las fuerzas productivas y sus "expresiones" políticas e ideológicas.

Tercero; la Revolución francesa inaugura una era, que todavía no termina es decir empapa, permea toda la historia europea y mundial de la época. En la Revolución francesa, en donde domina el momento jacobino, se da la participación más activa de las masas populares; el nuevo principio hegemónico empuja la historia, "la superestructura jalonea a la estructura", dándose después momentos de restauración. Esto da pie a que en otros

países de Europa, como Italia misma, aparezca como "revolución pasiva", frente al terror pánico a la participación activa de las masas; es decir, como el intento de hacer la revolución sin revolución (caso del *Risorgimiento),* como si las condiciones históricas pudieran ser manipuladas al antojo.

Cuarto y último; Gramsci deduce de esos movimientos históricos un principio de ciencia política, la revolución pasiva es también, entonces, un concepto de contienda política: es la guerra de posiciones en la sociedad civil; el conjunto de las casamatas que envuelven y protegen al Estado y que de irse tomando contribuirán a su transformación.

Colofón

Estos apuntes, que deberán aparecer al cumplimiento del primer aniversario del fallecimiento de Javier Mena Gutiérrez, sólo pretenden ayudar de modo parcial a dimensionar la personalidad, al menos el pensamiento de Javier Mena.

Gramsci exigía de sí mismo ser un hombre de acción capaz de elevarse por el estudio y el pensamiento propio a la visión de conjunto del desarrollo histórico para lograr una aportación cultural y científica. Esto mismo intento hacer Javier.

Mariano Morales
Octubre de 95

La doctrina de Hegel sobre los partidos y las asociaciones como trama "privada" del Estado. Esta derivó históricamente de las experiencias políticas de la Revolución francesa y debía servir para dar una mayor concreción al constitucionalismo. Gobierno con el consenso de los gobernados, consenso organizado no genérico y vago tal como se afirma en el instante de las elecciones: El Estado tiene y demanda el consenso, pero también "educa" a este consenso a través de las asociaciones políticas y sindicales que, sin embargo, son organismos privados, dejados a la iniciativa privada de la clase dirigente. Hegel, en cierto sentido, supera así el constitucionalismo y teoriza el Estado parlamentario y su régimen de partidos. Su concepción de las asociaciones es aún vaga y primitiva, entre lo económico y lo político, según la experiencia histórica de la época, que era muy estrecha y daba sólo un ejemplo realizado, el "corporativo" (política injertada en lo económico).

Marx no podía tener experiencias históricas superiores a las de Hegel (al menos muy superiores), pero tenía el sentido de las masas debido a su actividad periodística y de agitación. El concepto de Marx de las asociaciones permanece aún enredado entre estos elementos: organizaciones de oficio, clubes jacobinos, grupos conspiradores, periódicos. La Revolución francesa

ofrece dos tipos prevalentes: los clubes, que son organizaciones flexibles, tipo "mitin popular", centralizados por individualidades políticas, cada una de las cuales posee su periódico, el que despierta la atención e interés de una determinada clientela desvanecida en la periferia pero que sostiene las tesis del periódico en las reuniones del club. También debían de existir agrupaciones estrechas entre gente que se conocía y que se reunía por separado, que preparaba la atmósfera de las reuniones con el fin de sostener una u otra corriente según el momento y según los intereses en juego. Las conspiraciones secretas que tuvieron tanta difusión en Italia antes del 48, debieron desarrollarse después del Termidor en Francia, entre jacobinos de segunda línea. En el periodo napoleónico tuvieron muchas dificultades debido a la vigilancia policiaca y actuaron con más facilidad del 15 al 30, en la Restauración que fue bastante liberal... En este periodo del 15 al 30 debió acaecer la diferenciación del campo político popular, como es notable en las "gloriosas jornadas" de 1830, en que afloran las formaciones que se habían conformado en el quinquenio precedente. Después del 30 y hasta el 48, este proceso de diferenciación se perfecciona y da tipos suficientemente acabados con Blanqui y Filipino Buonarroti.

Es difícil que Hegel pudiese conocer de cerca estas experiencias históricas, que en cambio eran más vivaces en Marx...

(C. 1, pp. 56-58.)

Relación histórica entre el Estado moderno francés nacido de la Revolución y los otros Estados modernos de Europa continental. La comparación es de importancia vital a condición de que no sea establecida sobre la base de esquemas sociológicos abstractos. Esta puede resultar del examen de estos elementos: 1) explosión revolucionaria con transformación radical y violenta de las relaciones sociales y políticas, 2) oposición europea a la Revolución francesa y a su difusión por los "poros" de clase, 3) guerra de Francia con la República y con Napoleón, contra Europa, primero para no ser sofocada, y después para construir una hegemonía francesa permanente con tendencia a formar un imperio universal, 4) sublevaciones nacionales contra la hegemonía francesa y nacimiento de los Estados Modernos a través de pequeñas y sucesivas oleadas reformistas, pero sin explosiones revolucionarias como la original francesa. Las "oleadas sucesivas" están formadas por una combinación de luchas sociales, intervenciones desde lo alto del tipo monarquía iluminada y guerras nacionales, prevaleciendo los dos últimos fenómenos. La "Restauración" es el periodo más rico de desarrollo desde este punto de vista: la restauración deviene en forma política en la cual las luchas sociales encuentran marcos suficientemente elásticos como para consentir a la burguesía alcanzar el poder

sin rupturas espectaculares, sin el aparato terrorista francés. Las viejas clases feudales son degradadas de dominantes a "gobernantes", mas no eliminadas y ni siquiera se intenta liquidarlas como conjunto: de clases devienen "castas" con determinados caracteres culturales y psicológicos y si con funciones económicas prevalentes.

Este "modelo" de la formación de los Estados Modernos ¿puede preferirse en otras condiciones? ¿Se debe excluir en absoluto o bien puede decirse que al menos en parte puede haber desarrollos similares bajo la forma de advenimiento de economías programadas? ¿Puede excluirse para todos los Estados o sólo para los grandes? La cuestión es de suma importancia porque el modelo Francia-Europa ha creado una mentalidad que no por ser "vergonzante de sí" o "un instrumento de gobierno", es por eso menos significativa.

Una cuestión importante conexa a la precedente es aquella del oficio que han creído tener los intelectuales en este largo proceso de fermentación político social incubado por la Restauración. La filosofía clásica alemana es la filosofía de este periodo, vivifica los movimientos liberales nacionales del 48 al 70. A este respecto habría que remitirse al paralelo hegeliano (y de la filosofía de la praxis) entre la práctica francesa y la especulación alemana. En realidad el paralelo puede ser aplicado así: lo que es "práctica" para las clases fundamentales deviene "racionalidad" y especulación para sus intelectuales (sobre la base de estas relaciones históricas se debe explicar todo el idealismo filosófico moderno). (...)

La concepción del Estado según la función productiva de las clases sociales no puede ser aplicada mecánicamente a la interpretación de la historia italiana y europea de la Revolución francesa a todo el siglo XIX. Si bien es cierto que para las clases productivas fundamentales (burguesía capitalista y proletariado moderno) el Estado no sea concebible sino como forma concreta

de un determinado mundo económico, de un preciso sistema de producción, no está dicho que la relación de medio a fin sea fácilmente determinada y asuma el aspecto de un esquema simple y obvio a primera vista. Es verdad que conquista del poder y afirmación de un nuevo mundo productivo son inescindibles, que la propaganda por uno es también la propaganda por el otro y que en realidad sólo en esta coincidencia reside la unidad de la clase dominante, cuyo dominio es al mismo tiempo económico y político. Sin embargo, se presenta el complejo problema de las relaciones de fuerza internas de un país dado, de las relaciones internacionales y de la posición geopolítica particular. En realidad el impulso hacia la renovación revolucionaria puede ser originado por la impelente necesidad de un país dado, en circunstancias dadas, como en el caso de la explosión revolucionaria de Francia, victoriosa también en lo internacional. Pero puede acontecer que el impulso a la renovación sea dado por la combinación de fuerzas progresistas escasas e insuficientes en sí (no obstante el altísimo potencial, puesto que representan el porvenir de su país) con una situación internacional favorable a su victoria y expansión (...) En todo caso puede verse cuando el impulso del progreso no está estrechamente ligado a un vasto desarrollo económico local, que se haya artificiosamente limitado y reprimido, sino que es el reflejo del desarrollo internacional que envía a la periferia sus corrientes ideológicas, nacidas sobre la base del desarrollo productivo de los países más avanzados, entonces el grupo portador de las nuevas ideas no es el grupo económico sino la categoría de los intelectuales. Es así que la concepción del Estado del cual se hace propaganda muda de aspecto. El Estado es concebido como algo en sí, como un absoluto racional. La cuestión puede ser planteada así: siendo el Estado la forma concreta de un mundo productivo y los intelectuales la categoría social de la cual se recluta el personal de gobierno, es propio

del intelectual no anclado fuertemente a un fuerte grupo económico pensar al Estado como un absoluto. La función misma de los intelectuales es concebida como absoluta y preminente y son abstractamente racionalizadas tanto su existencia como su dignidad histórica. Este motivo es básico para comprender históricamente el idealismo filosófico moderno y el modo de formación de los Estados modernos en Europa continental. Formación como "reacción-superación nacional" de la Revolución francesa que con Napoleón tendía al establecimiento de una hegemonía permanente (motivo esencial para comprender el concepto de "revolución pasiva", "restauración-revolución" y para entender la importancia de la relación en Hegel entre los principios jacobinos y la filosofía clásica alemana)...

(C. pp. 1358-1362.)

Nota 1

Estudiar el periodo de la Restauración como periodo de elaboración de todas las doctrinas historicistas modernas, comprendida la filosofía de la praxis que es la coronación de ellas y que por lo demás fue desarrollada justo en vísperas del 48, cuando la Restauración se derrumbaba y por todas partes el pacto de la Santa Alianza, volaba en pedazos. Es de notar que Restauración es sólo una expresión metafórica: en realidad no hubo ninguna restauración efectiva del antiguo régimen sino sólo un nuevo acomodo de fuerzas, en el cual las conquistas revolucionarias de las clases medias fueron limitadas y codificadas. El rey de Francia y el papa en Roma devinieron jefes de sus respectivos partidos y no más representantes indiscutibles de Francia o de la cristianidad. La posición del papa fue especialmente sacudida y desde entonces tiene inicio la formación de organismos permanentes de "católicos militantes"... (acción católica)... Las teorías historicistas de la Restauración se oponen a la ideologías del siglo XVIII abstractas y utopistas que continúan viviendo como filosofía, ética y política proletarias difundidas especialmente en Francia hasta 1870. La filosofía de la praxis se opone a estas concepciones populares del setecien-

tos (siglo XVIII), como filosofía de masa en todas sus formas... Si los historicistas conservadores, técnicos de lo viejo, están bien emplazados para criticar el carácter utópico de las ideologías jacobinas momificadas, los filósofos de la praxis están mejor ubicados, tanto para apreciar el valor histórico real y no abstracto que el jacobinismo había tenido en cuanto creador de la nueva nación francesa, esto es, como hecho circunscrito en determinadas circunstancias y no ideoligizado, como para valorar el objetivo histórico de estos mismos conservadores que en realidad eran hijos vergonzantes de los jacobinos a los que maldecían sus excesos mientras administraban con cuidado su herencia. La fílosofía de la praxis no sólo pretendía explicar y justificar todo el pasado, sino también explicar y justificar históricamente a sí mismo; es decir era el máximo "historicismo", la liberación total de todo "ideologismo" abstracto, la conquista real del mundo histórico, el inicio de una nueva civilización.

(C. 16, pp. 1863-1864.)

Me parece que para mayor claridad de la exposición es necesario abrazar todo este periodo. En efecto, sólo en 1870-71, con la tentativa de la Comuna, históricamente se agotan todos los gérmenes nacidos en el 1789.

No sólo la nueva clase que lucha por el poder vence a los representantes de la vieja sociedad, que no quiere admitirse decididamente superada, sino que derrota también a los novísimos grupos que consideran ya superada la nueva estructura surgida del trastorno iniciado en 1789. Demostrando así su vitalidad en relación con lo viejo y en confrontación a lo más nuevo. Además en 1870-71 pierde eficacia el conjunto de principios de estrategia y táctica nacidos prácticamente en 1789 (que se resumen en la fórmula de "revolución permanente")... Un elemento que muestra la justeza de este punto de vista está en el hecho de que los historiadores no están para nada de acuerdo (y es imposible que lo estén) al fijar los límites del grupo de acontecimientos que constituyen la Revolución francesa. Para algunos... se consuma en Valmy: Francia ha creado un nuevo Estado y ha sabido organizar la fuerza político-militar que la afirma y sostiene su soberanía territorial. Para otros la revolución continúa hasta Termidor; éstos hablan, más bien, de varias revoluciones (el 10 de agosto sería una revolución en sí, etc.

Véase por ejemplo: **La Revolución francesa** de A. Mathiez). El modo de interpretar al Termidor y la obra de Napoleón ofrece las más ásperas contradicciones: ¿se trata de revolución o contrarevolución?, etc. Para otros la historia de la Revolución continúa hasta 1830,1848,1870 y aún hasta la guerra mundial de 1914.

En cada uno de estos modos de ver hay parte de verdad. Realmente las contradicciones internas de la estructura social francesa que se desarrollan después de 1789 hallan una relativa consolidación sólo con la Tercera República y Francia alcanza 60 años de vida política equilibrada después de 80 de perturbaciones en oleadas cada vez más largas: 89-94-99-1804-1815-1830-1848-1870. Es precisamente el estudio de estas "oleadas" de oscilación diversa lo que permite reconstruir, por una parte, las relaciones entre movimiento orgánico y movimiento de coyuntura. Se puede decir que la mediación dialéctica entre estos principios se puede encontrar en la fórmula político-histórica de revolución permanente.

Un aspecto del mismo problema es la llamada cuestión de las correlaciones o relaciones de fuerza. Se lee frecuentemente en las narraciones históricas la expresión genérica, relaciones de fuerza favorables, desfavorables a eso o a aquella tendencia. Así, abstractamente, esta formulación no explica nada o casi nada, porque no hace sino repetir el hecho que debe explicarse, presentándolo una vez como hecho y otra como ley abstracta y como explicación. El error teórico consiste, entonces, en tomar un canon de investigación y de interpretación como "causa histórica".

(C. 13, p. 1581.)

Cuando se exalta la función que la iglesia tuvo en el medioevo a favor de las clases populares se olvida sencillamente una cosa: que tal función no estaba ligada a la iglesia como exponente de un principio religioso moral sino a la iglesia como organización de intereses económicos muy concretos que debía luchar contra otros órdenes que hubieran querido disminuir su importancia. Esta función fue, en consecuencia, subordinada e incidental, ya que el campesino no era menos extorsionado por la iglesia que por los señores feudales. Se puede decir quizá que la "iglesia" como comunidad de fieles conservó y desarrolló determinados principios político-morales en oposición a la iglesia en cuanto organización clerical hasta la Revolución francesa. Los principios de la revolución son propios de la comunidad contra el clero, orden feudal, aliado al rey y a los nobles. De aquí que muchos católicos consideran a la Revolución francesa como un cisma (y una herejía), una ruptura entre pastor y grey del mismo tipo que la Reforma y sin embargo más madura históricamente puesto que ha acaecido en terreno laico: No sacerdotes contra sacerdotes, sino fieles-infieles contra sacerdotes. (El verdadero punto de ruptura entre democracia e Iglesia se debe ubicar en la Contrarreforma cuando la Iglesia tuvo necesidad del brazo secular (en gran escala) contra los luteranos, abdicando a su función democrática).

(C. l,pp. 116-117.)

Se puede, tal vez, afirmar que toda la vida intelectual italiana hasta 1900 (y precisamente hasta la formación de la corriente cultural idealista Croce-Gentile) como tendencia democrática que quiere (aun cuando no siempre lo logra) tomar contacto con las masas populares, es simplemente un reflejo francés. Reflejo de la oleada democrática que tuvo origen en la Revolución de 1789. Sin embargo la vida intelectual italiana era artificiosa porque había carecido de las premisas históricas francesas. En Italia no hubo nada semejante a la Revolución de 1789, y a las luchas que le sucedieron; no obstante en Italia se "hablaba" como si tales premisas hubiesen existido. Se comprende que tal discurso no podía ser sino de dientes para fuera. Desde este punto de vista se comprende el significado "nacional", si bien poco profundo, de las corrientes conservadoras y reaccionarias en comparación con las corrientes democráticas.

Estas eran grandes "llamaradas de petate" de gran extensión superficial, aquéllas de poca extensión pero bien enraizadas e intensas. Si no se estudia la cultura italiana hasta 1900 como un fenómeno de provincialismo francés se la comprende muy poco. No obstante se debe distinguir: existe una mezcla de sentimiento nacional antifrancés en la admiración por las cosas de Francia, se vive de reflejo y se odia al mismo tiempo. Por lo menos entre

los intelectuales. En el pueblo los sentimientos "franceses" no son tales, aparecen como "sentido común", como cosas propias del mismo pueblo y el pueblo es francófilo o francófobo según sea más o menos azuzado por las fuerzas dominantes. Era cómodo hacer creer que el Revolución de 1789, puesto que había advenido en Francia, también había acaecido en Italia. Era cómodo servirse de las ideas francesas para guiar a las masas, como era cómodo valerse del antijacobinismo de horca para ir contra Francia cuando esto servía.

(C. 14, pp. 1693-4.)

La observación contenida en la *Sagrada Familia* de que el lenguaje político francés equivale al lenguaje de la filosofía clásica alemana ha sido formulada poéticamente por Carducci en la expresión: "decapitaron Emmanuel Kant a Dios, Maximiliano Robespierre al rey"; a propósito de este acercamiento carducciano entre la política práctica de Robespierre y el pensamiento especulativo de E. Kant, B. Croce registra una serie de "fuentes", filológicamente muy interesantes, no obstante que para Croce sólo son de importancia puramente filológica y cultural sin ningún significado teórico o "especulativo". Carducci recoge el motivo de Enrique Heine (tercer libro de *Zur Geschichte der Religion und Philosophie in Deutschland,* de 1834). Sin embargo el acercamiento de Robespierre a Kant no es original de Heine. Croce, que ha buscado el origen del acercamiento, escribe haber localizado una lejana alusión en una carta del 21 de julio de 1795 de Hegel a Schelling (contenida en *Briefe von und an Hegel,* Leipzig, 1887,1,14-16). Más tarde Hegel ha desarrollado el argumento en las lecciones sobre historia de la filosofía y filosofía de la historia. En las primeras lecciones de historia de la filosofía, Hegel dice que "la filosofía de Kant, de Fichte y de Schelling contiene en forma de pensamiento a la Revolución", el espíritu de la cual ha progresado en

Alemania en los últimos tiempos. Gran época de la historia universal en la que "sólo dos pueblos han tomado parte, los alemanes y los franceses, por más opuestos que se hallen entre sí y más bien por su oposición". Así que en Alemania el nuevo principio "ha hecho irrupción como espíritu y concepto" mientras que en Francia se ha desarrollado "como realidad efectiva" *(Vorles über die Geschd. Philos.,* 2 (ed) Berlín. 1844. III 485). En las lecciones de filosofía de la historia, Hegel explica que el principio de la voluntad formal de la libertad abstracta, según la cual "la simple unidad de la autoconciencia, el Yo, y es la libertad absolutamente independiente y la fuente de todas las determinaciones universales", se da "entre los alemanes como una *teoría tranquila,* en tanto que los franceses quisieron llevarlo a la práctica." *(Vorlesungen über die Philosophie der Geschichte,* 3 (ed.), Berlín, 1848, pp. 531-32). (Este pasaje de Hegel aparece parafraseado en *La Sagrada Familia* donde se defiende una afirmación de Proudhon contra Bauer, o, si no se la defiende, se la explica según este canon hermenéutico hegeliano. El pasaje de Hegel parece muy importante como "fuente" del pensamiento, expresado en las *Tesis sobre Feuerbach:* "los filósofos han explicado al mundo cuando ahora se trata de cambiarlo", o sea, que la filosofía debe devenir política para verificarse; para continuar siendo filosofía, la "tranquila teoría" debe ser "seguida prácticamente", debe hacerse "realidad efectiva". El pasaje de Hegel es también fuente de la afirmación de Engeis acerca de que la filosofía clásica alemana tiene como heredero legítimo al "pueblo" alemán y, en fin, es también elemento para la teoría de la unidad de teoría y práctica).

A. Rava en su libro *Introduzione allo studio della filosofía di Fichte* (Modena, Formiggini, 1909, pp. 6-8) hace observar a Croce que ya en 1791 Baggesen en carta a Reihold aproximaba las dos revoluciones; que el escrito de Fichte de 1792 sobre la Revolución francesa está animado por este sentido de afini-

dad entre la obra de la filosofía y el acontecimiento político y que en 1794 Schaumann desarrolló particularmente el parangón, notando que la revolución política de Francia "hace sentir desde el *exterior* la necesidad de una determinación fundamental de los derechos humanos" mientras la reforma filosófica alemana "muestra desde el *interior* los medios y la vía por la cual y sobre la cual solamente esta necesidad puede ser satisfecha"; también en el mismo parangón daba motivo de 1797 a una escritura satírica contra la filosofía kantiana. Rava concluye que "el parangón flotaba en el aire".

El parangón es repetido muchísimas veces en el curso del siglo XIX (Marx, p. e., en la *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel) y* extendido por Heine. En Italia, algún tiempo antes de Carducci, se lo encuentra en una carta de Bertrando Spaventa titulada *Paolottismo, positivismo y racionalismo,* publicada en la *Revista Boloñesa* de mayo de 1868 y reimpresa en los *Scritti filosofici* (Ed. Gentile, p. 301). Croce concluye con reservas sobre el parangón en cuanto "afirmación de una relación lógica e histórica". "Porque si es verdad que el Kant jusnaturalista responde muy bien en el campo de los hechos revolucionarios, es también verdad que Kant pertenece a la filosofía del siglo XVIII que precedió e informó aquel movimiento político. El Kant que abre el porvenir, el Kant de la *síntesis apriori,* es el primer eslabón de una nueva filosofía, la cual sobrepasa la filosofía que encarnó en la revolución francesa". Se comprende que esta reserva de Croce es impropia e incongruente puesto que la misma cita crociana de Hegel muestra que no se trata del particular parangón de Kant con Robespierre, sino de algo más extenso y comprensivo, esto es, del movimiento político francés y de la reforma filosófica alemana en su conjunto. Que Croce sea favorable a la "tranquila teoría" y no a la "realidad efectiva", que una reforma "en las ideas" le parezca lo fundamental y no una revolución en acto, se comprende. En este sentido la filo-

sofía alemana ha influido en Italia en el periodo del *Risorgimento* con el "moderatismo" liberal (en el sentido más estrecho de "libertad nacional"). Sin embargo en De Sanctis se siente intolerancia por esta posición "intelectualista" como lo testimonia su paso a la "Izquierda" y algunos de sus escritos, especialmente *Scienza e vita,* así como los artículos sobre el verismo, etc. Todo este problema se debería revisar, volviendo a estudiar las referencias dadas por Croce y por Ravá y buscando otras que puedan encuadrarse en el argumento, a saber: dos estructuras fundamentalmente semejantes tienen super estructuras "equivalentes" y recíprocamente traducibles, cualquiera que sea el particular lenguaje nacional. De este hecho tenían conciencia los contemporáneos de la Revolución francesa y esto es de sumo interés (las notas de Croce sobre el parangón carducciano entre Robespierre y Kant están publicadas en la II *Serie delle Converzazioni Critiche,* pp. 292 y sig.)

(C. 11, pp. 1471-1473.)

...¿Por qué en Italia no se dio, en tiempos de Maquiavelo, la monarquía absoluta? Sería necesario remontarse hasta el Imperio romano (cuestiones de la lengua, los intelectuales, etc.), comprender las funciones de las Comunas medievales, el significado del catolicismo, etc.; es necesario, en suma, hacer un esbozo de toda la historia italiana, sintético pero exacto.

La razón de los fracasos sucesivos en las tentativas de crear una voluntad colectiva nacional-popular debe buscarse en la existencia de determinados grupos que se formaron de la disolución de la burguesía comunal y en el carácter particular de otros que reflejaban la función internacional de Italia como sede de la Iglesia y depositaría del Sacro Imperio Romano, etc. Esta función y la posición consiguiente determinaron una situación interna que se puede llamar "económico-corporativa", es decir, políticamente, la peor de todas las formas de la sociedad feudal, la forma menos progresiva y la más estancada. Siempre faltó, y no podía constituirse, una fuerza *jacobina* eficiente, fuerza que en otros países ha sucitado y organizado la voluntad nacional popular y ha fundado los Estados modernos. ¿Existen, finalmente, las condiciones para la formación de esta voluntad?... ¿Cuál es la relación entre estas condiciones y las fuerzas opuestas?

Tradicionalmente las fuerzas opuestas han sido la aristocracia terrateniente y, más en general, la propiedad territorial en su conjunto con su característico rasgo italiano, el de unas especie de "burguesía rural", herencia parasitaria lanzada a los tiempos modernos por la decadencia, como clase, de la burguesía comunal (las cien ciudades, las ciudades del silencio).

Las condiciones positivas se deben buscar en la existencia de grupos sociales urbanos, convenientemente desarrollados en el campo de la producción industrial que hayan alcanzado un determinado nivel de cultura histórico-política. Toda formación de voluntad nacional-popular, es imposible si las grandes masas de campesinos no irrumpen *simultáneamente* en la vida política. Esto intentaba Maquiavelo mediante la reforma de la milicia, y esto hicieron los jacobinos durante la Revolución francesa.

Es por esta conciencia que se puede identificar en Maquiavelo un jacobinismo precoz (más o menos fecundo) y al germen de su concepción de la revolución nacional. Toda la historia de 1815 en adelante muestra el esfuerzo de las clases tradicionales por impedir la formación de una voluntad colectiva de este género, por mantener el poder "económico corporativo" dentro de un sistema internacional de equilibrio pasivo...

(C. 13, pp. 1559-1560.)

La filosofía de la praxis que un momento de la cultura moderna que, en cierta forma, ha determinado o fecundado algunas de sus corrientes. El estudio de este hecho, muy importante y significativo, ha sido descuidado, o hasta ignorado, por los así llamados ortodoxos, debido a que la combinación filosófica más relevante sucedió entre la filosofía de la praxis y diversas tendencias del idealismo. Por eso a los llamados ortodoxos, ligados esencialmente a la particular corriente de cultura del último cuarto del siglo pasado (positivismo, cientismo), les ha parecido un contrasentido sino es que una cosa de charlatanes (no obstante en el ensayo de Plejanov sobre los *Problemas fundamentales* hay alguna alusión a este hecho, tan sólo aflorado y sin tentativa alguna de explicación crítica).

Por esto, parece necesario revalorar el planteamiento del problema como fue intentado por Antonio Labriola.

Ha sucedido lo siguiente: la filosofía de la praxis ha sufrido una doble revisión, ha sido sumida en una doble combinación filosófica. Por una parte, algunos de sus elementos de modo implícito o explícito han sido absorbidos e incorporados por algunas corrientes idealistas (basta citar a Croce, Gentile, Sorel y al mismo Bergson [el pragmatismo]); por la otra parte, los

llamados ortodoxos, preocupados por hallar una filosofía que fuese, según su punto de vista muy estrecho, más comprensiva que una "simple" interpretación de la historia, han creído ser ortodoxos identificándola, fundamentalmente, con el materialismo tradicional. Otra corriente ha retornado al kantismo (el profesor Max Adler...) Se puede observar en general que las corrientes que han intentando combinar la filosofía de la praxis con el idealismo son, en gran medida, de intelectuales "puros", mientras que aquella que ha conformado la ortodoxia era de personalidades intelectuales más destacadamente dedicadas a la actividad práctica, por eso, más ligadas (con nexos más o menos extrínsecos) a las grandes masas populares (lo que no les ha impedido, por lo demás, a la mayoría, dar volteretas de no poca importancia). Esta distinción tiene gran importancia. Los intelectuales "puros", como artífices de las más dilatadas ideologías de las clases dominantes, en tanto líderes de los grupos intelectuales de sus países, no podían servirse al menos de algunos elementos de la filosofía de la praxis. Elementos necesarios para robustecer sus concepciones y moderar el excesivo filosofismo especulativo con base en el realismo historicista de la nueva teoría y así dotar de nuevas armas al arsenal del grupo al cual estaban ligados. Por su parte, la tendencia ortodoxa luchando con la ideología más difundida en las masas, el trascendentalismo religioso, creía superarlo sólo con el más crudo y banal materialismo. Materialismo que era una estratificación no indiferente del sentido común, manteniéndolo vivo más de cuanto se creyese y se crea, a través de la religión, que en el pueblo tiene una expresión trivial y baja, supersticiosa y de brujería, en la cual la materia tiene una función no pequeña.

Labriola se distingue de unos y otros por la afirmación (no siempre segura, a decir verdad) de que la filosofía de la praxis es una filosofía independiente y original que tiene en sí misma

los elementos de un ulterior desarrollo para devenir filosofía general de la interpretación de la historia. Se necesita trabajar precisamente en este sentido, desarrollando la posición de Antonio Labriola...

¿Por qué la filosofía de la praxis ha padecido esta suerte, haberse combinado, en sus elementos principales, sea con el idealismo, sea con el materialismo filosófico? El trabajo de investigación no puede no ser complejo; exige mucha fineza y sobriedad intelectual. Es muy fácil dejarse llevar por las semejanzas exteriores y no ver las ocultas y los nexos necesarios pero camuflados. La identificación de los conceptos que la filosofía de la praxis ha "cedido" a las filosofías tradicionales y gracias a lo cual éstas han hallado algún instante de rejuvenecimiento, debe ser hecha con mucha cautela crítica ya que significa, ni más ni menos, hacer la historia de la cultura moderna después de la actividad de los fundadores de la filosofía de las praxis. La absorción explícita, evidentemente no es difícil (de hallar), aun cuando deba ser analizada críticamente. Un ejemplo clásico está representado por le reducción croceana de la filosofía de la práctica a cánon empírico de investigación histórica, idea que ha penetrado también entre los católicos (el libro de monseñor Oligiati) y ha contribuido a crear la escuela historiográfica económico-jurídica, difundida también fuera de Italia. Pero la indagación más difícil y delicada es la de las absorciones "implícitas", no confesadas, acaecidas, precisamente, porque la filosofía de la praxis es un momento de la cultura moderna, una atmósfera difundida que ha modificado los viejos modos de pensar, en virtud de acciones y reacciones no aparentes y no circunstanciales. El estudio de Sorel es especialmente interesante desde este punto de vista, ya que por medio de Sorel y su éxito se pueden tener muchos indicios al respecto; lo mismo puede decirse de Croce. Pero el estudio más importante, al parecer, es el de la filosofía de Bergson y el pragmatismo (para ver hasta

que punto ciertas posiciones serían inconcebibles sin el eslabón histórico de la filosofía de la praxis).

Otro aspecto del problema está en el enseñanza práctica de ciencia política que la filosofía de la praxis ha dado a los mismos adversarios que la combaten ásperamente por principio; de la misma forma que los jesuítas combatían teóricamente a Maquiavelo, aun siendo en la práctica sus mejores discípulos. En una *Opinione* publicada por Mario Missiroli en *La Stampa,* en el tiempo en que fue corresponsal en Roma (en torno a 1925), se dice que se debería ver si los industriales más inteligentes no están persuadidos de que la Economía Crítica, no haya visto muy bien sus cuestiones y no se sirvan de las enseñanzas así aprendidas. Esto no sería para nada sorprendente, ya que si el fundador de la filosofía de la praxis ha analizado la realidad exactamente, no ha hecho otra cosa que sistematizar racional y coherentemente lo que los agentes históricos de esta realidad sentían y sienten, confusa e instintivamente, y de lo que han tomado mayor conciencia después de la crítica adversaria.

Otro aspecto del problema es aún más interesante. ¿Por qué los llamados ortodoxos han también "combinado" la filosofía de la praxis con otras filosofías, por qué prevalecen unas sobre otras? En efecto, la que cuenta es la combinación con el materialismo tradicional; la combinación con el kantismo no ha tenido más que éxito limitado, entre pequeños grupos de intelectuales.

Sobre este argumento se debe ver el ensayo de *Rosa, Progressi e arresti nello sviluppo della filosofía della praxis,* en el que señala cómo las partes constituyentes de esta filosofía se han desarrollado de manera diversa, pero siempre según las necesidades de la práctica. O sea, los fundadores de la filosofía nueva habrían anticipado con mucho las necesidades de su tiempo y aún del siguiente, habrían creado un arsenal de armas que aún no servían, ya que eran anacrónicas y que sólo con el tiempo serían útiles. La explicación es un poco capciosa en tanto

que da (en gran parte) como explicación el hecho mismo de forma abstracta; sin embargo hay algo de verdad, que se puede profundizar. Una de las razones históricas se debe buscar en el hecho de que la filosofía de la praxis ha debido aliarse con tendencias extrañas para combatir los residuos del mundo pre-capitalista en las masas populares, especialmente en el terreno religioso. La filosofía de la praxis tenía dos objetivos: combatir las ideologías modernas en su forma más refinada para poder constituir el propio grupo de intelectuales independientes, y educar a las masas populares, cuya cultura era medieval. Este segundo objetivo, que era fundamental dado el carácter de la nueva filosofía, absorbió todas las fuerzas, no sólo cuantitativa sino cualitativamente. Por razones "didácticas", la nueva filosofía se combinó con una forma de cultura que sólo era un poco superior a la media popular (muy baja), pero absolutamente inadecuada para combatir las ideologías de las clases cultas. Sin embargo, la nueva filosofía había, justamente, nacido para superar las más altas manifestaciones de su tiempo, las de la filosofía clásica alemana, y para suscitar la formación del grupo de intelectuales propios del nuevo grupo social al que pertenecía esta concepción del mundo. Por otro lado, la cultura moderna, especialmente idealista, no logra elaborar una cultura popular y no alcanza a dar contenido moral y científico a los propios programas escolares, que permanecen como esquemas abstractos y teóricos. La cultura idealista sigue siendo la cultura de una estrecha aristocracia intelectual que, tal vez, capta a la juventud sólo en tanto deviene política inmediata y ocasional.

Se debe ver si este "dispositivo" cultural no es una necesidad histórica y si, en la historia pasada, no se hallan alineamientos semejantes, teniendo en cuenta las circunstancias de lugar y tiempo. El ejemplo clásico, precedente a la modernidad, es indudablemente el del Renacimiento italiano y de la Reforma en los países protestantes. En el volumen *Storia dell'etá Baroc-*

ca in Italia, p. II, Croce escribe: "El movimiento del Renacimiento fue aristocrático, de círculos elegidos, y en la misma Italia que fue su madre y nodriza no salió de los círculos cortesanos, no penetró en el pueblo, no devino costumbre o 'prejuicio', esto es, persuación colectiva y fe. La Reforma, en cambio, *sí tuvo eficacia en la penetración popular,* pero la pagó con un retardo en su desarrollo intrínseco, con la lenta y muchas veces interrumpida maduración de su germen vital." En la p. 8: y Lutero, como los humanistas, desprecia la tristeza y celebra la alegría, condena el ocio y ordena el trabajo, pero, por otra parte, desconfía y hostiliza a las letras y a los estudios. Erasmo, entonces, pudo decir *ubicunque regnat lutheranismus, ibi literarum est interitus.* Es cierto, si bien no sólo por la aversión de su fundador, el protestantismo alemán fue, por un par de siglos, casi estéril en los estudios, en la crítica, en la filosofía. Los reformadores italianos, señaladamente el círculo de Juan de Valdés y sus amigos, conciliaron sin esfuerzo el humanismo y el misticismo, el culto a los estudios con la austeridad moral. El calvinismo, con su dura concepción de la gracia y la dura disciplina, tampoco favoreció la libre indagación y el culto a la belleza; sin embargo, sucedió que interpretando, desarrollando y adaptando el concepto de la gracia a la vocación, logró promover enérgicamente la vida económica, la producción y el acrecentamiento de la riqueza." La reforma luterana y el calvinismo suscitaron un vasto movimiento popular-nacional en el que se difundió, pero sólo en periodos sucesivos, una cultura superior. Los reformadores italianos fueron estériles en grandes eventos históricos. Es verdad que, también, la Reforma en su fase superior asumió necesariamente los modos del Renacimiento, y como tal se difundió en países no protestantes, donde no hubo incubación popular. Sin embargo la fase de desarrollo popular ha permitido a los países protestantes resistir tenaz y victoriosamente la cruzada de los ejércitos católicos. Es así

como nació la nación germánica, una de las más vigorosas de la Europa moderna. Francia fue lacerada por las guerras religiosas, con la victoria aparente del catolicismo, pero tuvo una gran reforma en el siglo XVIII con el iluminismo, el volterianismo y la enciclopedia, que precedió y acompañó a la revolución de 1789. Fue una gran reforma intelectual y moral del pueblo francés, más completa que la luterana en Alemania ya que abrazó a las grandes masas campesinas, porque tuvo un descollante fondo laico que intentó sustituir a la religión por una ideología completamente laica, representada por el vínculo nacional patriótico. Sin embargo, tampoco esta reforma tuvo una floración de alta cultura, salvo la de la ciencia política en la forma de ciencia positiva del derecho (ver el parangón hecho por Hegel acerca de las particulares formas que asume la misma cultura en Francia y Alemania en el periodo de la revolución francesa; concepción hegeliana que atravesó una cadena un poco larga y llevó al famoso verso carducciano: "unidos en la misma fe, decapitaron, Emmanuel Kant, a dios, Maximiliano Robespierre, al rey...")

Una concepción de la filosofía de la praxis como reforma popular moderna (...) ha sido, quizá, entrevista por G. Sorel, un poco (o un mucho) de modo disperso e intelectual, debido a una especie de furor jansenístico contra las fealdades del parlamentarismo y de los partidos políticos. Sorel ha tomado de Renán el concepto de la necesidad de una reforma intelectual y moral y ha sostenido (en carta a Missiroli) que con frecuencia grandes movimientos históricos (no) están representados por una cultura moderna, etcétera. Me parece que tal concepción está implícita en Sorel cuando se sirve del cristianismo primitivo como término de parangón, con mucha literatura, es verdad, pero, no obstante, con más de una pizca de verdad, con referencias mecánicas y repetidamente artificiosas y sin embargo con destellos de intuición profunda. La filosofía de la praxis presupone todo este pasado cultural: el Renacimiento y la Reforma, la filosofía alemana y la revolución francesa, el calvinismo y la

economía clásica inglesa, el liberalismo laico y el historicismo que está en la base de toda la concepción moderna de la vida. La filosofía de la praxis es la coronación de todo este movimiento de reforma intelectual y moral, dialectizado por el contraste entre cultura popular y alta cultura. Corresponde al nexo Reforma protestante y Revolución francesa: es una filosofía que es, también, una política y una política que es, también, una filosofía. Pasa ahora por su fase popular: suscitar un grupo de intelectuales independientes no es cosa fácil, exige un largo proceso de acciones y reacciones, de adecuaciones y disoluciones y formaciones nuevas muy numerosas y complejas: La filosofía de la praxis es la concepción de un grupo social subalterno, sin iniciativa histórica, que se amplía continuamente pero en forma desorganizada y sin poder sobrepasar un cierto grado cualitativo que se halla más acá de la posesión del Estado, del ejercicio real de la hegemonía sobre la sociedad entera, que sólo permite un cierto equilibrio orgánico del grupo intelectual. La filosofía de la praxis también ha devenido, "prejuicio" y "superstición"; como tal es el aspecto popular del historicismo moderno; sin embargo contiene en sí el principio de superación de este historicismo. En la historia de la cultura, que es mucho más dilatada que la historia de la filosofía, toda vez que la cultura popular ha aflorado, cuando se pasaba por una fase de perturbaciones y de la ganga popular se seleccionaba el metal de una clase nueva, se ha tenido una floración de "materialismo", y viceversa, en el mismo momento, las clases tradicionales se aferraban al espiritualismo. Hegel a caballo de la Revolución francesa y de la Restauración, ha dialectizado los dos momentos de la vida del pensamiento, materialismo y espiritualismo; sin embargo, la síntesis fue "un hombre que camina de cabeza". Los continuadores de Hegel han destruido esta unidad y se ha retomado, por una parte, a los sistemas materialistas y, por otra, a los espiritualistas. La filosofía de la praxis, en su fundador, ha revivido

toda esta experiencia de hegelianismo, feuverbachismo, materialismo francés para la reconstrucción de la unidad dialéctica: "el hombre que camina sobre sus piernas". El daño padecido por el hegelianismo se ha repetido, luego, en la filosofía de la praxis; de la unidad dialéctica se ha involucionado al materialismo filosófico, mientras que la alta cultura moderna idealista ha buscado incorporar a ella lo que era indispensable de la filosofía de la praxis para hallar un nuevo elixir. "Políticamente" la concepción materialista es vecina al pueblo, al sentido común; está estrechamente vinculada a muchas creencias y prejuicios, a casi todas las supersticiones populares (brujería, espiritismo, etc.) Esto se ve en el catolicismo popular y especialmente en la ortodoxia bizantina. La religión popular es crasamente materialista. La religión oficial de los intelectuales, entonces, trata de impedir que se formen dos religiones distintas, dos estratos separados para no apartarse de las masas y evitar que oficialmente, como sucede en realidad, devenga ideología de estrechos grupos. Desde este punto de vista no debe haber confusión entre la postura de la filosofía de la praxis y la del catolicismo. Mientras aquélla tiende a elevar continuamente a nuevos estratos de las masas a una vida cultural superior, éste tiende a mantener un contacto puramente mecánico, unidad exterior basada especialmente en la liturgia y en el culto más vistosamente sugerente para las multitudes. Muchas tentativas heréticas fueron manifestaciones de fuerzas populares para reformar la iglesia y acercar al pueblo, alzando a las masas populares. La iglesia ha reaccionado repetidamente en forma violentísima, ha creado la Compañía de Jesús y se ha acorazado en las decisiones del Concilio de Trento, aun cuando haya organizado un maravilloso mecanismo de religión "democrática" de sus intelectuales, como simples individuos, no como expresión representativa de grupos populares. En la historia de los desarrollos culturales hay que tener especial-

mente en cuenta la organización de la cultura, así como al personal en el que ésta toma forma concreta.

En el volumen de G. De Ruggif ro, *Rinascimento e Riforma*, se puede ver cuál fue la posición de muchísimos intelectuales con Erasmo a la cabeza; se doblegaron ante las persecuciones y las hogueras. El auténtico portador de la Reforma fue, por eso, el propio pueblo alemán en su conjunto, como pueblo indiviso, no los intelectuales. Precisamente esta deserción de los intelectuales ante el enemigo explica la "esterilidad" en la esfera inmediata de la alta cultura, hasta que de la masa popular fiel emergiera lentamente el nuevo grupo de intelectuales que culminó en la filosofía clásica. Algo semejante ha sucedido, hasta ahora, a la filosofía de la praxis. Los grandes intelectuales formados en su terreno, además de ser poco numerosos, no estaban ligados al pueblo, no procedían del pueblo sino que fueron expresión de las clases intermedias tradicionales, a las que regresaron durante los "virajes históricos"; otros permanecieron, pero sólo para someter la nueva concepción a sistemática revisión, no para desarrollarla autónomamente. Se puede afirmar que la filosofía de la praxis es un concepción nueva, independiente, original y que, siendo un momento del desarrollo histórico mundial, es la afirmación de la independencia y originalidad de una nueva cultura en incubación que se desenvolverá con el desarrollo de las relaciones sociales. Lo que existe de vez en vez es una combinación variable de lo viejo y lo nuevo, un equilibrio momentáneo de relaciones culturales correspondiente al equilibrio de las relaciones sociales. Sólo después de la creación del Estado, el problema de la cultura se impone en toda su complejidad y tiende a una solución coherente. En todo caso, la posición precedente a la formación estatal no puede no ser crítica-polémica y nunca dogmática, debe ser una actitud romántica pero de un romanticismo que aspira conscientemente a su completa clasicidad.

C. 16, pp. 1854-1863.)

Aún hoy se ejercita una cierta crítica, por lo demás de carácter periodístico y superficial, no muy brillante, contra el así llamado derecho natural... ¿Cuál es el significado de esta crítica?

Para comprender esto se debe, me parece, distinguir algunas de las expresiones que tradicionalmente el "derecho natural" ha tomado:

1) La expresión católica, contra la cual los actuales polemistas no tienen el coraje de asumir una posición clara, aún cuando el concepto de "derecho natural" integra y es esencial para la doctrina social y política católica. Sería interesante recordar la estrecha relación que existe entre la religión católica tal y como ha sido entendida siempre por las grandes masas, y los "inmortales principios del 89". Los católicos mismos de la jerarquía admiten esta relación cuando afirman que la Revolución francesa fue una "herejía", o provocó una herejía, reconociendo así que sobrevino en la misma mentalidad y concepción de la vida, una escisión. Por otra parte sólo así se puede explicar la historia religiosa de la Revolución francesa; de otro modo sería inexplicable la adhesión en masa a las nuevas ideas y a la política revolucionaria de los jacobinos contra el clero, por una población que por cierto era profundamente religiosa y católica. Por esto se puede decir que los principios de la Revolución

francesa no superan conceptualmente a la religión, ya que pertenecen a su misma esfera mental. Superan a la religión los principios que son superiores históricamente (en cuanto expresan exigencias nuevas y superiores) a los de la Revolución francesa, a saber, aquellos que se fundan sobre la realidad de la fuerza y de la lucha....

(C. 27, pp. 2314-5.)

En una miscelánea, Bonghi escribe que leyó un artículo de Carlos Louandre en la *Revue de deux mondes*, en el que se habla de un periódico de Barbier, entonces publicado, que se refiere a la sociedad francesa de 1718 a 1762. Bonghi saca la conclusión de que la sociedad francesa de Luis XV era peor en todo a aquella que siguió a la Revolución. Superstición religiosa de formas morbosas, mientras crecía a la sombra la incredulidad. Louandre demuestra que los "filósofos" devoraron la teoría de una práctica ya dada, más no la realizaron.

<C.2,p. 161.)

Un motivo que frecuentemente recorre la literatura italiana, histórica y no histórica, es el expresado por Decio Cortesi en el artículo *Roma centotrent'ani fa (Nuova Antología,* 16 de julio, 1928).

"Es deplorable que en la Italia pacífica que se encaminaba hacia un mejoramiento gradual y sin sacudidas (!!!?), las teorías jacobinas, hijas de un idealismo pedantesco, que en nuestros cerebros jamás han anidado, diesen ocasión a tantas escenas de violencia. Es deplorable tanto más porque si estas violencias, en la Francia aún oprimida por lo últimos restos del feudalismo y por el despotismo real podían, hasta cierto punto, estar justificadas, en una Italia de costumbres simples y genuinamente democrática en la práctica (¡¡¡?), no tenían (razón) de ser. Los regidores de Italia podían ser llamados "tiranos" en los sonetos de los literatos, pero quien sin pasión considere el bienestar del que goza nuestro país en el espléndido siglo XVIII, no podrá no pensar con algo de pesar en todo aquel conjunto de sentimientos y de tradiciones que la invasión extranjera golpeó de muerte".

La observación podría ser verdadera si la restauración acaecida después del 15 no demostrase que también en Italia la situación del siglo XVIII era otra que la supuesta aquí. El error está en considerar la superficie y no las condiciones reales de

las grandes masas populares. De cualquier modo, es verdad que sin la invasión extranjera los "patriotas" no habrían adquirido aquella importancia y no habrían experimentado aquel relativamente rápido proceso de desarrollo que después tuvieron. El elemento revolucionario era escaso y pasivo.

(C. 2, p. 225.)

L*a Storia dell'Europa nel secólo XIX* parece ser el ensayo de historia ético-política que habría de convertirse en el paradigma de la historiografía crociana ofrecido a la cultura europea; hay que tener en cuenta, también, otros ensayos: *Storia del regno di Napoli, Storia d'Italia dal 1871 al 1915, La rivoluzione napoletana del 1799 y Storia dell'etá barocca in Italia los más tendenciosos y ejemplares son La Storia d' Europa y la Storia d' Italia.* Esos dos ensayos plantean de inmediato la pregunta: ¿es posible escribir (concebir) una historia de Europa, en el siglo XIX, sin tratar orgánicamente a la Revolución francesa y a las guerras napoleónicas? ¿Se puede hacer una historia de Italia en la edad moderna sin tratar las luchas del *Risorgimientol,* o sea, ¿es casual o por una razón tendenciosa que Croce inicia sus narraciones en 1815 y en 1871? Es decir, Croce prescinde del momento de la lucha, del momento en el cual se elaboran, congregan y alinean las fuerzas en contraste, del momento en el que un sistema ético-político se disuelve y otro se elabora a hierro y fuego, en el cual un sistema de relaciones sociales se disipa y decae mientras otro surge y se afirma, y, en cambio, asume plácidamente como historia el momento de la expansión cultural o ético-política. Se puede decir, por tanto, que el libro sobre Historia de Europa no es más que un fragmento de historia, el aspecto "pasivo" de la gran revolución

que se inició en Francia en 1789. Revolución que desembocó en Europa con las armadas republicana y napoleónica, dando una poderosa embestida a los viejos regímenes y determinando, si no su derrumbe inmediato como en Francia, sí la corrupción "reformista" que duró hasta 1870. Se plantea el problema de si esta elaboración crociana, en su tendenciosidad, no tenga referencia actual e inmediata, no tenga el fin de crear un movimiento ideológico de restauración-revolución, correspondiente a aquél del tiempo tratado por Croce. Movimiento de restauración-revolución en el cual las exigencias que en Francia hallaron una expresión jacobina-napoleónica fueron satisfechas en pequeñas dosis, reformista y legalmente. De esta manera se logró salvar la posición política y económica de las viejas clases feudales, evitar la reforma agraria y, especialmente, evitar que las masas populares atravesaran un periodo de experiencias políticas como las francesas en los años del jacobinismo, en 1831 y 1848. En las condiciones actuales ¿no sería el movimiento fascista el que correspondería a ese movimiento liberal y conservador? No deja de tener significado, quizá, que el fascismo en sus primeros años afirmase que se vinculaba de nueva cuenta a la vieja tradición de derecha, de la derecha histórica. Podría ser ésta una de las tantas manifestaciones paradojales de la historia (astucia de la naturaleza, para decirlo viquianamente) por la cual Croce, movido por determinadas preocupaciones, suministrase al fascismo una justificación mental luego de haber contribuido a depurarlo de algunas características secundarias de orden superficialmente romántica, pero no por ello menos irritantes, para la compostura clásica de Goethe. La hipótesis ideológica podría presentarse en estos términos: habría una revolución pasiva por el hecho de que, por intervención legislativa del Estado a través de la organización corporativa, en la estructura económica del país se introdujeran modificaciones más o menos profundas acentuando el elemento "plan de producción"; se acentuaría la

cooperación y la socialización de la producción sin por eso tocar (limitándose sólo a regularla y controlarla) la apropiación individual y de grupo del beneficio. En el cuadro concreto de las relaciones sociales italianas ésta podría ser la única solución para desarrollar las fuerzas productivas de la industria a partir de la dirección de las clases dirigentes tradicionales, en concordancia con las más avanzadas formaciones industriales de los países que monopolizan materias primas y han acumulado imponentes capitales. Que tal esquema pueda traducirse a la práctica, y en qué medida y en cuáles formas, tiene un valor relativo. Lo que po- lítica e ideológicamente importa es que el esquema puede tener y tiene la virtud de crear un periodo de espera y de esperanzas, especialmente en ciertos grupos sociales italianos, como las grandes masas de pequeños burgueses urbanos y rurales y, así, poder mantener el sistema hegemónico militar y civil a disposición de las tradicionales clases dirigentes. Esta ideología serviría como elemento de una "guerra de posiciones" en el campo económico internacional (la libre concurrencia y el libre intercambio corresponderían a la guerra de movimientos), tanto como en el campo político lo es la "revolución pasiva". En la Europa de 1789 a 1815 se ha tenido una guerra de movimientos (política) con la Revolución francesa y, luego una larga guerra de posiciones de 1815 a 1870. En la época actual, la guerra de movimientos se ha tenido políticamente de marzo de 1917 a marzo de 1921 y, enseguida, una guerra de posiciones, cuyo representante, además de ideológico para Europa y de facto (en Italia), es el fascismo.

(C. 10, pp. 1226-9.)

... Cada vez que la continuidad de las relaciones entre la Iglesia y los fieles ha sido violentamente interrumpida por razones políticas, como ha sucedido durante la Revolución francesa, las pérdidas sufridas por la Iglesia han sido incalculables. Si las condiciones de difícil ejercicio de las prácticas acostumbradas se hubiesen prolongado más allá de ciertos límites de tiempo, se puede pensar que las pérdidas habrían sido definitivas y una nueva religión habría surgido, tal como ha surgido en Francia, en combinación con el viejo catolicismo...

De ahi se deducen determinadas necesidades para todo movimiento cultural que tiende a sustituir el sentido común y las viejas concepciones del mundo en general: 1. no cansarse de repetir jamás los propios argumentos (variando su forma literaria): la repetición es el medio didáctico más eficaz para influenciar la mentalidad popular; 2. trabajar incesantemente para elevar intelectualmente siempre más vastos estratos populares, es decir, para dar personalidad al elemento amorfo de masa, lo que significa trabajar para suscitar élites de intelectuales de un nuevo tipo que surjan directamente de la masa y al mismo tiempo permanecen en contacto con ella para devenir su fortaleza. Esta segunda necesidad, si se satisface, es la que realmente

modifica el "panorama ideológico" de una época. Por lo demás estas élites no pueden constituirse y desarrollarse sin que en su interior se verifique una jerarquización de autoridad y de competencia intelectual que puede culminar en un gran filósofo individual, si este es capaz de revivir concretamente las exigencias de la masiva comunidad ideológica, de comprender que ella no puede tener la agilidad de movimiento propia de un cerebro individual y por tanto logra elaborar formalmente la doctrina colectiva del modo más adecuado y oportuno a los modos de pensar de un pensador colectivo.

(C. 11, p. 1392.)

El partido monárquico en régimen republicano, como el partido republicano en régimen monárquico o el partido nacional en régimen de subordinación a un Estado extranjero, no pueden no ser partidos *sui generis*. Deben ser, si quieren obtener éxitos relativamente rápidos, centrales de federaciones de partidos. Más que partidos definidos por la particularización de sus programas de gobierno, deben ser partidos de un sistema general de gobierno y no de gobiernos particulares (...) El partido monárquico se funda en Francia sobre los residuos, aún tenaces, de la vieja nobleza terrateniente y sobre parte de la pequeña burguesía y de los intelectuales. ¿Qué esperan los monárquicos para asumir el poder y restaurar la monarquía? Esperan el colapso del régimen parlamentario-burgués y la incapacidad de cualquier otra fuerza organizada que pudiera ser el núcleo de una dictadura militar; de ninguna otra manera los monárquicos estarían en condiciones de conquistar el poder. En tal espera, el centro dirigente de *Acción francesa* desarrolla sistemáticamente una serie de actividades: acción organizativa político-militar (militar en el sentido partidario y en el sentido de formar células activas entre los oficiales del ejército) para poder reagrupar, en el momento preciso, la angosta base social en la que históricamente se apoya el movimiento. Estando esta base constituida por elementos seleccionados gracias a su inteligencia, riqueza, cultura, experiencia administrativa, etc.; más que

cualquier otro movimiento, pudo logar un partido notable. Partido que hasta puede imponerse pero que se agota en sí mismo, al no tener reservas que lanzar en el momento de una crisis resolutiva. El partido es notable, por tanto, sólo en tiempos normales, cuando los elementos activos en la lucha política son decenas de miles, pero devendrá insignificante (numéricamente) en los periodos de crisis, cuando los activistas se contaran por centenas de miles y quizá hasta de millones.

El desarrollo del jacobinismo (en el contenido) y de la fórmula de la revolución permanente realizada en la fase activa de la Revolución francesa, ha encontrado su "perfeccionamiento" jurídico-político en el régimen parlamentario, que realiza, en el periodo más rico en energías "privadas" de la sociedad, la hegemonía permanente de la clase urbana sobre toda la población. Es la forma hegeliana de gobierno del consenso permanentemente organizado (sin embargo la organización del consenso es dejada a la iniciativa privada ya que es consenso "voluntariamente" dado en una u otra forma). El "límite" con que se toparon los jacobinos en la ley Chapelier y la del *máximum* fue rechazado y superado progresivamente, empujado cada vez más lejos, mediante un proceso completo en el cual se alternan la propaganda y la práctica (económica y político-jurídica). La base económica del desarrollo industrial y comercial es continuamente dilatada y profundizada; de las clases inferiores se elevan hasta las clases dirigentes los individuos más enérgicos y con espíritu de empresa; la sociedad entera esta en un continuo proceso de formación y disolución, surgen formaciones más complejas y ricas en posibilidades. En general esto dura hasta la época del imperialismo y culmina en la guerra mundial. En este proceso se alternan tentativas insurreccionales y represiones despiadadas, ampliación y restricción del sufragio político, libertad de asociación y restricción o anulación de esta libertad, libertad en el campo sindical pero no en el político. Se

alternan diversas formas de sufragio, escrutinio por listas o circunscripciones uninominales, sistemas proporcionales o individuales con las diversas combinaciones que de ello resultan -sistema de dos cámaras o de una sola cámara electiva con diferentes modos de elección para cada una (cámara vitalicia y hereditaria, senado vitalicio, elección de senadores diferente a la de diputados, etc.); equilibrio de poderes variado en donde la magistratura puede ser independiente o sólo un orden controlado mediante circulares ministeriales. Se alternan diversas atribuciones del jefe de gobierno y del Estado; distintos equilibrios internos de los organismos territoriales (centralización o descentralización, mayores o menores poderes a los prefectos, a los consejos provinciales y a los ayuntamientos, etc.); variados equilibrios entre las fuerzas armadas de leva y los profesionales (policía, gendarmería), estos últimos bajo la dependencia de uno u otro órgano del Estado (magistratura, ministerio del Interior, Estado mayor). En el derecho se deja la mayor o la menor parte a la costumbre o a la ley escrita, o se desarrollan formas consuetudinarias que pueden ser, en cierto momento, abolidas en virtud de leyes escritas (...) separación más o menos grande entre leyes fundamentales y reglamentos que anulan las primeras o las restringen; empleo más o menos extendido de los decretos-ley que tienden a suplir la legislación ordinaria, modificándola, "forzando la paciencia" del parlamento hasta llegar a un verdadero "chantaje de guerra civil". A este proceso contribuyen los téorico-filósofos, los publicistas, los partidos políticos, etcétera, en su parte formal y los movimientos o las presiones de masa en su parte sustancial, con acciones y reacciones recíprocas, con iniciativas "preventivas" antes de que un fenómeno se torne peligroso y con la represión cuando ha faltado la previsión o ha sido tardía e ineficaz.

El ejercicio "normal" de la hegemonía en el terreno clásico del parlamentarismo está caracterizado por la combinación de

la fuerza y el consenso que de diversas formas se equilibran sin que la fuerza se sobreponga demasiado al consenso, más bien buscando lograr que la fuerza aparezca soportada por el consenso de la mayoría. Consenso manifiesto en los así llamados organismos de opinión pública —periódicos y asociaciones, los cuales, por esto, en ciertas situaciones son multiplicados artificialmente. Entre el consenso y la fuerza se halla la corrupción-fraude (que es característica de ciertas situaciones de difícil ejercicio de la función hegemónica, en las cuales es muy peligroso el uso de la fuerza), es decir, el enervamiento y la parálisis provocada a los antagonistas mediante la coptación de sus dirigentes, sea encubiertamente, sea abiertamente, en caso de peligro emergente, trastornando y desordenando las filas antagonistas.

En el periodo de la posguerra, el aparato hegemónico se resquebraja y su ejercicio se hace permanentemente difícil y aleatorio. El fenómeno se presenta y es tratado con varios nombres y en aspectos secundarios y derivados. Los más triviales: "crisis del régimen parlamentario". Naturalmente del fenómeno se describen sólo las manifestaciones "teatrales" en el terreno parlamentario y del gobierno político... La crisis se manifiesta prácticamente en la siempre presente dificultad para formar gobierno y en la creciente inestabilidad de los gobiernos mismos. La crisis tiene origen inmediato en la multiplicación de los partidos parlamentarios y en las crisis internas de cada partido (en cada partido acontece lo mismo que en el parlamento: dificultad de gobierno e inestabilidad en la dirección). Las formas de éste fenómeno son también, en cierta medida, de corrupción y disolución moral. Cada fracción de partido cree tener la receta infalible para detener el debilitamiento del partido entero y recurre a cualquier medio para hacerse de la dirección o al menos para participar en ella, del mismo modo como en el parlamento el partido cree ser el único capaz de gobernar

y salvar al país o al menos pretende que, para sostener al gobierno, tiene derecho a participar en éste lo más extensamente posible. Por esto se dan cavilosas negociaciones que no pueden no se personalistas, al grado de aparecer escandalosas y que son con frecuencia traicioneras y pérfidas. Tal vez, en realidad, la corrupción personal es menor de lo que parece, ya que todo el organismo político está corrompido por la ruina de la función hegemónica. Que los interesados en que la crisis no se resuelva desde su punto de vista finjan creer y proclamen a gritos que se trata de la "disolución" y de la "corrupción" de una serie de principios (inmortales o no), podría, en cierta forma, estar justificado. Cada quien es el mejor juez en la elección de las armas ideológicas más apropiadas a los fines que quiere alcanzar, así la demagogia puede ser considerada arma excelente. Sin embargo la cosa resulta cómica cuando el demagogo no sabe serlo y prácticamente actúa como si en la realidad fuese cierto; que el hábito hace al monje y el gorro al cerebro. Maquiavelo deviene así Sterentello.

La crisis en Francia. Su gran lentitud de desarrollo. Los partidos políticos franceses eran, también, muy numerosos antes de 1914. Su multiplicación formal dependió de la gran riqueza de acontecimientos revolucionarios y políticos entre 1789 y el *affaire* Dreyfus; cada uno de estos eventos ha dejado sedimentos y andrajos que se han consolidado en partidos, siendo menos las diferencias que las coincidencias. En realidad en el Parlamento siempre ha reinado el bipartidismo, liberales-democráticos (gama del radicalismo) y conservadores. Se puede decir, más bien, que la multiplicidad de los partidos, dadas las circunstancias particulares de la formación político-nacional francesa, ha sido muy útil en el pasado; ha permitido una vasta obra de selección de individuos y ha creado un gran número de hábiles hombres de gobierno. A través de este ágil y bien articulado mecanismo, cada movimiento de opinión pública

hallaba composición y reflejo inmediato. La hegemonía burguesa es muy fuerte y tiene muchas reservas. Los intelectuales están muy concentrados (Instituto de Francia, Universidad, grandes periódicos y revistas de París) y aunque son muy numerosos, en el fondo están muy disciplinados a los centros nacionales de cultura. La burocracia militar y civil tiene gran tradición y ha logrado un alto grado de homogeneidad activa.

La debilidad interna más peligrosa para el aparato estatal (militar y civil) radicaba en la alianza del clericalismo y el monarquismo. Aunque la masa popular era católica, no era sin embargo clerical. En el *qffaire* Dreyfus ha culminado la lucha que tendía a paralizar el influjo clerical-monárquico en el aparato estatal, dando neta prevalencia al elemento laico. La guerra no ha debilitado sino reforzado la hegemonía; no se ha tenido tiempo de pensar: el Estado ha entrado en la guerra y casi de inmediato su territorio ha sido invadido. El paso de la disciplina de paz a la de guerra no ha planteado una crisis muy grande. Los viejos cuadros militares eran suficientemente vastos y elásticos. Los oficiales y suboficiales eran, tal vez, los más seleccionados del mundo y los mejor entrenados para las funciones de comando inmediato de tropas. Comparación con otros países. La cuestión de los comandos y del voluntariado; la crisis de los cuadros determinada por exceso de suboficiales que, por otra parte, tenían una mentalidad antitética a la de los oficiales de carrera. Los comandos, en otros países, han representado un nuevo ejército de voluntarios, selección militar que tuvo una función táctica primordial. El contacto con el enemigo fue buscado sólo a través de los comandos, que formaban una especie de cortina entre el enemigo y el ejército de leva, (como la función que cumplen las "ballenas" en los sostenes de busto).

La infantería francesa estaba formada en su gran mayoría por campesinos, hombres dotados de una reserva muscular y nerviosa muy rica, y que les permitió resistir el colapso físico

provocado por la vida de trinchera (el consumo medio de un ciudadano francés era de cerca de 1,500,000 calorías al año, en tanto que el italiano era de 1,000,000). En Francia el bracerismo agrícola es mínimo, el campesino sin tierras es dependiente de la factoría, vive la misma vida de los patrones y no conoce el hambre del desocupado, ni aún el estacional. El verdadero bracero no se distingue de la precariedad rural y vive de la inquietud de los que viajan de un rincón a otro del país en busca de pequeños trabajos marginales. El alimento en las trincheras era mejor que en otros países; el pasado democrático, rico en luchas y enseñanzas, había creado el tipo generalizado de ciudadano moderno también en las clases subalternas. Ciudadano en doble sentido: el hombre de pueblo se sentía algo y era considerado por los superiores, por las clases dirigentes, o sea, no era maltratado por bagatelas. No se formaron así, durante la guerra, aquellos sedimentos de rabia envenenada y sarcástica que se dieron entre otras partes. Las luchas internas en la posguerra, casi ausentes, carecieron de aspereza, en especial no se verificó la inaudita oscilación de las masas rurales propia de otros lugares.

La crisis endémica del parlamentarismo francés indica que hay un extenso malestar en el país que, hasta ahora, no ha tenido un carácter radical, ya que no ha puesto en juego cuestiones intocables. Se ha realizado un dilatamiento de la base industrial y por tanto del crecimiento urbano. Masas rurales se han dirigido a la ciudad, pero no porque hubiese desocupación en el campo o hambre insatisfecha de tierra sino porque en la ciudad se está mejor y hay más satisfacciones, etc. (el precio de la tierra es muy bajo y muchas buenas tierras son abandonadas a los italianos). La crisis parlamentaria refleja (hasta ahora) más bien un desplazamiento normal de masas (no debida a la crisis económica), en búsqueda laboriosa de nuevos equilibrios de representación y de partidos y un malestar vago, premonitorio de una gran crisis política. La misma sensibilidad del organismo

político lleva a exagerar formalmente los síntomas del malestar. Hasta ahora se ha tratado de una serie de luchas por el reparto de las cargas y los beneficios del Estado, más que otra cosa; a esto se debe la crisis de los partidos medios y, en primer lugar, del radical, ya que representa a las ciudades medias y pequeñas y a los cultivadores avanzados. Las fuerzas políticas se preparan para los grandes hechos futuros buscando mejor asentamiento; las fuerzas extraestatales hacen sentir más sensiblemente su peso e imponen sus hombres en forma brutal.

El punto culminante de la crisis parlamentaria francesa fue alcanzado en 1925, y de la actitud hacia aquellos acontecimientos, considerados decisivos, se debe partir al emitir un juicio sobre la consistencia política e ideológica de la Acción Francesa. Maurras incitó a arruinar el régimen republicano y su grupo se preparó para la toma del poder. Maurras es frecuentemente exaltado como un gran político realista, en realidad es sólo un jacobino al revés. Los jacobinos empleaban un cierto lenguaje, eran protagonistas convencidos de una determinada ideología; en el tiempo y en las circunstancias dadas, aquel lenguaje y esa ideología eran muy realistas porque lograban desencadenar las energías políticas necesarias a los fines de la Revolución y a la consolidación del ascenso al poder de la clase revolucionaria. Los jacobinos , luego, fueron separados del poder y devinieron algo distinto, una larva, palabras vacías e inertes. Lo cómico consiste en el hecho de que Maurras invierte banalmente aquellas fórmulas, creando otras que arregló en un orden lógico-literario impecable, las cuales no podían sino representar el reflejo del más puro y trivial iluminismo. En realidad Maurras es el más representativo campeón del "estúpido siglo XIX: la concentración de todos los lugares comunes de los masones, mecánicamente invertidos.

El éxito relativo de Maurras esta en que su método gusta porque es el de la razón razonante, es decir, el mismo del que

nació el enciclopedismo y toda la tradición cultural francesa masónica. El iluminismo creó una serie de mitos populares que eran sólo la proyección en el futuro de las más profundas y milenarias aspiraciones de las grandes masas, esperanzas ligadas al cristianismo y a la filosofía del sentido común; mitos simplistas, todo lo que se quiera, pero que tenían origen realmente enraizado en los sentimientos y que, en todo caso, no podían ser controlados experimentalmente (históricamente). Maurras ha creado el mito "simplista" de un pasado monárquico francés fantástico; sin embargo, este mito ha sido "historia" y las deformaciones intelectuales de ésta pueden ser fácilmente corregidas. Toda la instrucción pública francesa es una implícita rectificación del mito monárquico, "mito" que se torna *defensivo* más que creador de pasiones. Una de las fórmulas principales de Maurras es la "Política primero"; no obstante, él es el primero en no seguirla. Para él, antes que la política, está siempre la "abstracción política", la integral recepción de una "muy minuciosa" concepción del mundo que prevee todas las particularidades, como las utopías de los literatos, que exige una determinada concepción de la historia; sin embargo, no es sino una concepción fosilizada y hermenéutica de la historia concreta de Francia y de Europa...

El grupo dirigente de "Acción francesa" se ha formado por coptación: al principio era Maurras con su verbo, después Vaugeois, Daudet, Pujo, etc., etc. Cada vez que del grupo se separó alguno, hubo una catástrofe, acusaciones, interminables polémicas y perfidias; se comprende, Maurras es como el Papa, infalible, y que alguno de sus más cercanos se separe tiene un significado verdaderamente catastrófico.

Desde el punto de vista de la organización, *Acción francesa* es muy interesante y ameritaría un estudio profundo. Su fuerza relativa está formada especialmente por una base de tipos sociales intelectualmente seleccionados, su "asamblea" militar es extremadamente flexible, tal como sería aquella de un ejército

constituido sólo por oficiales. La selección intelectual es por cierto, relativa; es asombroso cómo los adherentes de Acción francesa repiten como papagallos las fórmulas del líder... En una república puede ser una distinción el ser monárquico, así como en una democracia parlamentaria, ser reaccionario consecuente. El grupo, por su composición, posee (aparte de las subvenciones de ciertos industriales) muchos fondos que le permiten multitud de iniciativas y que le dan la apariencia de cierta actividad y vitalidad. La posición social de sus adherentes ocultos y manifiestos permite al periódico y al centro dirigente tener una masa de información y documentos reservados que posibilitan multitud de polémicas personales. En el pasado, más que ahora, el Vaticano debió ser una fuente de primer orden de información (Secretaría de Estado y alto clero francés). Muchas de las campañas personalistas violentas están en clave: se publica una parte de verdad para hacer creer que se sabe todo; se hacen alusiones socarronas, sólo comprensibles para los interesados. Estas campañas personalistas tienen para Acción francesa varios significados: galvanizan a los adherentes, ya que la ostentación del conocimiento de las cosas más secretas da la impresión de una gran capacidad de penetración en el campo adversario, de una organización a la que nada escapa; muestran al régimen republicano como una asociación de delincuentes; paralizan a sus adversarios con la amenaza de deshonrarles, y hacen de algunos de ellos sus cómplices secretos. La conclusión empírica que se puede extraer de toda la actividad de Acción francesa es ésta; el régimen parlamentario republicano se disolverá ineluctablemente puesto que es un "monstruo" histórico-racional que no corresponde a las leyes "naturales" de la sociedad francesa rígidamente establecida por Maurras. Los nacionalistas integrales deben por tanto: 1) apartarse de la vida real de la política francesa, no reconociendo su "legalidad" histórica-racional (abstencionismos, etc.) y combatiéndola en bloque, 2)

crear un antigobierno, siempre listo a sentarse en los "palacios tradicionales" mediante golpes de mano. Este antigobiemo se perfila, ya hoy, con aparatos embrionales que corresponden a las grandes actividades nacionales...

La acre polémica con el Vaticano y la organización del clero y de las asociaciones católicas, que fue una de sus consecuencias, ha roto el único vinculo que Acción francesa tenía con las grandes masas nacionales, vínculo que era, más bien, aleatorio. El sufragio universal, que ha sido introducido en Francia desde hace tanto tiempo, ha determinado el hecho de que las masas, formalmente católicas, se adhieran políticamente a los partido republicanos de centro, aunque estos sean anticlericales y laicos. El sentimiento nacional, organizado en torno al sentimiento de patria, es igualmente fuerte, y en ciertos casos, indudablemente más fuerte que el sentimiento religioso católico que, por lo demás, tiene características propias. La fórmula de que la "religión es una cuestión privada" se ha enraizado como la forma popular del concepto de separación de la Iglesia del Estado. Además, el complejo de asociaciones que constituyen Acción francesa está en manos de la aristocracia terrateniente (...), sin que el bajo clero ejercite la función de guía espiritual-social que ejercía en Italia (...) El campesino francés, en casi su totalidad, se asemeja más bien a nuestro campesino meridional, que dice con gusto: "el sacerdote es sacerdote en el altar, fuera es un hombre como todos los otros" (...) Acción francesa por medio del estrato dirigente católico, pensaba poder dominar, en el momento decisivo, todo el aparato de masa del catolicismo francés. En este cálculo había un poco de verdad y mucha ilusión. En épocas de grandes crisis político-morales, el sentimiento religioso, relajado en tiempos normales, puede devenir vigoroso y absorbente, pero si el porvenir aparece lleno de nubes tempestuosas, también la solidaridad nacional expresada en el concepto de patria deviene absorbente en Francia, donde

la crisis no puede no ser internacional. La "Marsellesa" se hace el más fuerte de los Salmos de la penitencia. En todo caso, también la esperanza en esta reserva posible se ha desvanecido para Maurras. El Vaticano no quiere abstenerse más de participar en los asuntos internos franceses y cree que el chantaje de una posible restauración monárquica se ha vuelto inoperante. El Vaticano es más realista que Maurras y concibe mejor la fórmula "la política primero". Si el campesino francés puede elegir entre Herriot y un Hobereau, eligirá a Herriot: es necesario, por esto, crear el tipo "del radical-católico", "popular", es necesario aceptar la república y la democracia sin reparos y sobre este terreno organizar las masas campesinas, superando la discordia entre la religión y la política. Se debe hacer del sacerdote no sólo el guía espiritual (privado) sino el guía social en lo económico y lo político. La derrota de Maurras es cierta (como la de Hugenberg en Alemania). La concepción de Maurras es falsa por demasiada perfección lógica. Esta derrota, por otro lado, fue sentida por el mismo Maurras, justo al inicio de la polémica con el Vaticano, que coincidió con la crisis parlamentaria francesa de 1925 (no por casualidad). Cuando los ministros se sucedían por rotación, y Acción francesa estaba lista para asumir el poder, apareció un artículo en el que se llegó a invitar a Caillaux a colaborar: Caillaux, al que continuamente se amenazaba con el pelotón de ejecución. El episodio es clásico; la política endurecida y racionalista de Maurras, del abstencionismo apriorístico, de las leyes naturales "siderales" que rigen la sociedad francesa, estaba condenada al marasmo, al derrumbe, a la abdicación en el momento crucial. En el momento crucial de la crisis se observa cómo las grandes energías que han entrado en movimiento debido a la crisis no se dirigen a los depósitos creados artificialmente, sino que siguen los cauces dados por la política real precedente, se desplazan a través de los partidos que siempre han estado activos o que han nacido como hongos en el

terreno mismo de la crisis. A parte de la estulticia de creer que en 1925 se pudiese derrumbar, por una crisis parlamentaria, el régimen republicano (el intelectualismo antiparlamentarista lleva a semejantes alucinaciones monomaníacas), si hubo algún derrumbe, fue el de Maurras...

En la concepción de Maurras existen muchas huellas similares a las de ciertas teorías catastrofistas de tipo economicista y sindicalista. Frecuentemente ha sucedido la transposición, al terreno parlamentario, de teorías nacidas en el terreno económico y sindical; todo abstencionismo político en general, no sólo el parlamentario, se basa en semejante concepción catastrofista. Se cree que la fuerza del adversario se derrumbará, en el campo gubernativo (huelgas y boicot político)...

La afirmación, frecuentemente repetida por Jacques Bainville en sus ensayos históricos, de que el sufragio universal y el plebiscito habrían podido y podrían servir al legitimismo como sirvieron a otras corrientes políticas (especialmente a Bonaparte), es muy ingenua ya que está ligada a un tonto sociologismo abstracto. El sufragio universal y el plebiscito son concebidos en abstracto, fuera de las condiciones de tiempo y lugar. Se debe notar que: 1) toda sanción dada al sufragio universal y al plebiscito ha ocurrido después de que la clase fundamental se concentrara fuertemente en el campo político, más aún, en el político-militar en torno a una personalidad "cesarista", o después de una guerra que había creado una emergencia nacional; 2) en la realidad de la historia francesa ha habido diversos tipos de "sufragio universal" que surgieron cada vez que cambiaron históricamente las relaciones económico-políticas. Las crisis del sufragio universal han sido determinadas por las relaciones entre París y la provincia, entre la ciudad y el campo, entre las fuerzas urbanas y las campesinas. Durante la Revolución, el bloque urbano parisino guía de modo casi absoluto a la provincia y se forma el mito del sufragio universal que debería dar

razón a la democracia radical parisina. En 1848, París quiere el sufragio universal, pero éste expresa un parlamento reaccionario-clerical que permite la carrera de Napoleón III. En 1871 París ha dado un gran paso adelante porque se rebela a la Asamblea Nacional de Versalles, formada por el sufragio universal, o sea, implícitamente "comprende" que entre "progreso" y sufragio puede haber conflicto. Sin embargo esta experiencia histórica, de inestimable valor, se pierde inmediatamente ya que sus portadores son suprimidos. Por otro lado, después del 71 París pierde en gran parte su hegemonía político-democrático sobre el resto de Francia por diversas razones: 1) porque se difunde por toda Francia el capitalismo urbano y se crea el movimiento radical socialista en todo el territorio, 2) porque París pierde definitivamente su unidad revolucionaria y su democracia se escinde en grupos sociales y partidos antagonistas. El desarrollo del sufragio universal y de la democracia coincide, en toda Francia, con la afirmación del partido radical y las luchas anticlericales, afirmación que se hace más fácil ya que es favorecida por el desarrollo del llamado sindicalismo revolucionario. En realidad, el abstencionismo electoral y el economicismo de los sindicatos son la apariencia "intransigente" de la abdicación de París al papel de cabeza revolucionaria de Francia; son la manifestación de un chato oportunismo seguido a la sangría de 1871. El radicalismo unifica en el plano intermedio de la mediocridad pequeño burguesa, a la aristocracia obrera de la ciudad y al campesinado acomodado del campo. Después de la guerra hay un restablecimiento del desarrollo histórico truncado a hierro y fuego en 1871, pero es incierto, informe, oscilante y especialmente privado de cerebros pensantes...

(C. 13 pp. 1635-1649.)

Todo el problema de la conexión entre las diversas corrientes políticas del *Risorgimento,* de sus relaciones recíprocas y sus vínculos con los grupos sociales homogéneos o subordinados, existentes en las diferentes secciones (o sectores) históricas del territorio nacional, se reducen a este hecho fundamental: Los moderados representaban un grupo social relativamente homogéneo, cuya dirección sufrió oscilaciones relativamente limitadas (en todo caso según una línea orgánicamente progresiva); mientras el llamado *Partido D 'Azione* no se apoyaba en ninguna clase histórica, las oscilaciones padecidas por sus organismos dirigentes, en última instancia, se comportaban según los intereses de los moderados; esto es, el *Partido D 'Azione* fue históricamente dirigido por los moderados. La afirmación de Vittorio Emanuele II de "tener en el bolsillo" al Partido de Acción, o algo semejante, es prácticamente exacta, y no sólo por los contactos personales del rey con Garibaldi, sino porque de hecho el Partido de Acción fue dirigido "indirectamente" por Cavour y por el rey.

El criterio metodológico sobre el que es necesario establecer el examen propio es éste: la supremacía de un grupo social se manifiesta en dos formas, como "dominio" y como "dirección intelectual y moral". Un grupo social domina a los grupos adversarios, a los que tiende a "liquidar" o someter, incluso por

las armas, y es dirigente de grupos afines y aliados. Un grupo social *puede y*, más bien, *debe* ser dirigente ya antes de la conquista del poder gubernamental (ésta es una de las condiciones principales para la conquista misma del poder). Después, cuando ejerce el poder, aun si lo tiene fuertemente en un puño, deviene dominante, pero debe, permanentemente, ser también dirigente. Los moderados continuamente dirigieron al Partido de Acción, aún después de 1870 y 1876, y el llamado *"transformismo"* no ha sido sino la expresión particular de esta acción hegemónica intelectual, moral y política. Se puede decir que toda la vida estatal italiana de 1848 en adelante está caracterizada por el transformismo, esto es, por la elaboración cada vez más amplia de la clase dirigente en los marcos fijados por los moderados después de 1848 y de la caída de las utopías neogüelfas y federalistas, con la absorción gradual, pero continua, y obtenida con métodos diversos según su eficacia, de los elementos activos surgidos de los grupos aliados, e incluso de aquellos adversarios que parecían enemigos irreconciliables. En este sentido la dirección política ha devenido un aspecto de la función de dominio, en cuanto la asimilación de las élites de los grupos enemigos los decapita y aniquila por un periodo frecuentemente muy largo. De la política de los moderados se deduce que se puede y se debe tener una actividad hegemónica aun antes del ascenso al poder, y que no basta contar sólo con la fuerza material que da el poder para ejercer una dirección eficaz. La brillante solución de estos problemas ha hecho posible el *Risorgimento*, en las formas y límites en los que se ha realizado, sin "terror", como "revolución sin revolución", esto es, como "revolución pasiva", para emplear una expresión de Cuoco, en sentido un tanto distinto de lo que él quería decir.

¿Con qué formas y cuáles medios alcanzaron los moderados el establecimiento del aparato (el mecanismo) de su hegemonía intelectual y moral?. Con formas y medios que se pueden llamar

"liberales", esto es, a través de la iniciativa individual, "molecular", privada (o sea, no mediante un programa de partido elaborado y constituido según un plan precedente a la acción práctica y organizativa). Por otro lado, esto era "normal", dada la estructura y la función de los grupos representados por los moderados, de los que éstos eran la categoría dirigente, los intelectuales en sentido orgánico. Para el Partido de Acción el problema se planteaba de otra forma y diferentes sistemas organizativos hubieran debido ser empleados. Los moderados eran intelectuales "condensados" por la organicidad de sus relaciones con los grupos sociales de los que eran expresión (mediante toda una serie de relaciones se realizaba la identidad de representado-representante; los moderados eran la vanguardia real, orgánica, de las clases altas, porque ellos mismos pertenecían económicamente a las clases altas eran intelectuales y organizadores políticos al mismo tiempo que jefes de empresa, grandes agricultores, administradores de haciendas, comerciantes e industriales emprendedores). Dada esta condensación o concentración orgánica, los moderados ejercían una potente atracción "espontánea" sobre toda la masa de intelectuales de todo grado existentes en la península, pero en estado "difuso", "molecular" debido a las necesidades de satisfacción de la instrucción y la administración. Se revela aquí la consistencia metodológica de un criterio de investigación histórico-política: no existe una clase independiente de intelectuales, cada grupo social tiene una categoría propia de intelectuales o tiende a formarla; los intelectuales de la clase históricamente (y realistamente) progresista, en las condiciones dadas, ejercen un poder tal de atracción que termina, en último análisis, por subordinar a los intelectuales de los otros grupos sociales y por crear un sistema de solidaridad entre todos los intelectuales con ligamentos de orden psicológico (vanidad, etc.) y frecuentemente de casta (técnico-jurídicos, corporativos, etc.).

Este hecho se verifica "espontáneamente" en los periodos en los que es realmente progresista el grupo social dado, esto es, cuando hace realmente avanzar a la sociedad entera, satisfaciendo no sólo sus exigencias existenciales, sino ampliando continuamente los marcos para la permanente toma de posesión de nuevas esferas de actividad económico productiva. Apenas el grupo social dominante ha agotado su función, el bloque ideológico tiende a desmoronarse y, entonces, la "espontaneidad" es suplida por la construcción en formas siempre menos larvadas e indirectas, hasta llegar a las verdaderas y propias medidas de policía y a los golpes de Estado.

El Partido de Acción sólo no podía tener, dada su naturaleza, semejante poder de atracción, ya que él mismo era atraído e influenciado, sea por la atmósfera de intimidación (pánico de un 93 terrorista reforzado con los acontecimientos franceses del 48-49) que lo hacían vacilar acerca de la incorporación a su programa de determinadas reivindicaciones populares (p. e. la reforma agraria), sea porque algunas de sus personalidades mayores (Garibaldi) estaban, aunque sólo sea intermitentemente (oscilante), en relación personal de subordinación con los jefes moderados. Para que el Partido de Acción hubiese devenido una fuerza autónoma y, en último análisis, hubiese logrado por lo menos imprimir al movimiento del *Risorgimento* un carácter más marcadamente popular y democrático (más allá, tal vez, no podía llegar, dadas las premisas fundamentales del movimiento mismo), habría debido contraponer a la actividad "empírica" de los moderados (empírica es sólo una forma de hablar ya que correspondía perfectamente a un fin) un programa orgánico de gobierno que reflejase las reivindicaciones esenciales de las masas populares, en primer lugar las de los campesinos. A la "atracción espontánea" ejercida por los moderados habría debido contraponer una resistencia y una contraofensiva "organizada" según un plan.

Como ejemplo típico de la atracción espontánea ejercida por los moderados se debe recordar la formación y desarrollo del movimiento "católico-liberal", que tanto impresionó al papado, logrando en parte paralizar su juego y desmoralizarlo, empujándolo, en un primer tiempo, demasiado hacia la izquierda —con las manifestaciones liberalizantes de Pío IX— y, en un segundo tiempo, arrojándolo a una posición más de derecha de la que habría podido ocupar y, en definitiva, determinando su aislamiento en la península y en Europa. El papado ha demostrado sucesivamente haber aprendido la lección y ha sabido, en los últimos tiempos, maniobrar brillantemente. El modernismo antes, y el populismo después, son movimientos semejantes al católico-liberal del *Risorgimento,* en gran medida debidos al poder de atracción espontánea ejercido por el historicismo moderno de los intelectuales laicos de las clases altas, por una parte, y por la filosofía de la praxis, por la otra. El papado ha golpeado al modernismo como tendencia reformadora de la Iglesia y de la religión católica, pero ha desarrollado el populismo, la base económico-social del modernismo y hoy, con Pío XI, hace de ello el fulcro, el punto de apoyo, de su política mundial. En cambio el Partido de Acción careció completamente de un programa de gobierno; en sustancia no fue otra cosa que un organismo de agitación y propaganda al servicio de los moderados. Las disidencias y conflictos internos del Partido de Acción, los tremendos odios que Mazzini suscitó contra su persona y su actividad entre los gallardos hombres de acción (Garibaldi, Felice Orsini, etc.) fueron determinados por la ausencia de una dirección política firme. Las polémicas internas fueron tan abstractas como la prédica de Mazzini; de ellas se puede extraer indicaciones históricas útiles (válidas para todos los escritos de Pisacane, que cometió errores políticos y militares irreparables, como la oposición a la dictadura militar de Garibaldi en la República Romana). El Partido de Acción estaba embebido de

la tradición retórica de la literatura italiana: confundía la unidad cultural existente en la península —limitada a un estrato muy sutil de la población y contaminada por el cosmopolitismo vaticano— con la unidad política y territorial de las grandes masas populares, que eran extrañas a esa tradición cultural, la que les importaba un pito puesto que no la conocían. Se puede hacer una comparación entre los jacobinos y el Partido de Acción. Los jacobinos lucharon denodadamente para asegurar un ligamento entre la ciudad y el campo y por eso salieron victoriosos. Su derrota como partido determinado fue debida a que, en un cierto punto, chocaron contra las exigencias de los obreros parisinos; sin embargo, trascendieron, en otra forma, en Napoleón y hoy, muy miserablemente, en los radical-socialistas de Herriot y Daladier.

En la literatura política francesa la necesidad de unir la ciudad (París) con el campo siempre había sido vivamente sentida y expresada; basta recordar la colección de novelas de Eugenio Sué, muy difundidas, también, en Italia (...) que insisten, con particular constancia sobre la necesidad de ocuparse de los campesinos, tanto como de ligarlos a París. Sué fue el novelista popular de la tradición política jacobina y un "incunable" de Herriot y Daladier (leyenda napoleónica, anticlericalismo y antijesuitismo, reformismo pequeño burgués, teorías penitenciarias, etc.). Es verdad que el Partido de Acción fue siempre implícitamente antifrancés debido a la ideología mazziniana (cfr. *Critica,* 1929, pp. 223 y siguientes, el ensayo de Omodeo sobre *Primato francese e iniziativa italiana);* pero en la historia de la península había tradición a la cual remontarse y realizarse. La historia de las Comunas es, al propósito, rica en experiencias: La naciente burguesía busca aliados en los campesinos contra el Imperio y el feudalismo local (es verdad que la cuestión se hace compleja por la lucha entre burguesía y nobles en la disputa por la fuerza de trabajo a bajo precio; los

burgueses tienen necesidad de mano de obra abundante, la que sólo puede obtenerse de los campesinos, en tanto que los nobles quieren a los campesinos vinculados al suelo: fuga de campesinos a la ciudad donde los nobles no pueden capturarlos. En todo caso, aún en una situación distinta, aparece, en el desarrollo de la civilización de las Comunas, la función de la ciudad como elemento directivo, la ciudad que ahonda los conflictos internos del campo y que se sirve de ellos como instrumento político para batir al feudalismo). El maestro más clásico del arte de la política para los grupos dirigentes italianos, Maquiavelo, había planteado el problema, naturalmente en los términos y preocupaciones de su tiempo. En los escritos político-militares de Maquiavelo se ve bastante bien la necesidad de subordinar orgánicamente las masas populares a las categorías dirigentes con el fin de crear una milicia nacional capaz de eliminar a las compañías de aventureros.

A esta corriente de Maquiavelo se debe, tal vez, ligar a Carlos Pisacane, para el que el problema de la satisfacción de las reivindicaciones populares (después de haberlas suscitado con la propaganda) es visto prevalentemente desde el punto de vista militar. A propósito de Pisacane es necesario analizar algunas de las antinomias de su concepción. Pisacane, noble napolitano, había logrado hacerse de una serie de conceptos político-militares puestos en circulación por las experiencias guerreras de la revolución francesa y de Napoleón, transplantadas a Nápoles en los reinos de José Buonaparte y de Joaquín Murat, pero especialmente gracias a la experiencia viva de los oficiales napolitanos que habían militado con Napoleón (en la conmemoración a Cardona hecha por Missiroli en la *Nuova Antología*, se insiste sobre la importancia que tuvo tal experiencia y tradición militar napolitana, a través de Pianell, por ejemplo, en la reorganización del ejército italiano después de 1870). Pisacane comprende que sin una política no se puede tener ejércitos nacionales por

conscripción obligatoria; por eso es inexplicable su aversión a la estrategia de Garibaldi y su desconfianza; tiene hacia Garibaldi la misma postura despectiva que Napoleón hacia los Estados Mayores del antiguo régimen.

La individualidad que es más necesario estudiar para estos problemas del *Risorgimento* es José Ferrari, no tanto en sus llamadas obras mayores, verdaderas mescolanzas farragosas y confusas, cuanto en opúsculos de ocasión y en las cartas. Ferrari está en gran medida alejado de la realidad concreta italiana: era demasiado afrancesado. Frecuentemente sus juicios parecen más agudos de lo que en realidad son; aplicaba a Italia esquemas franceses, los que representaban situaciones mucho más avanzadas que las italianas. Se puede decir que Ferrari se hallaba, en confrontación con Italia, en la posición de un heredero cuyo juicio, en cierto sentido, habría de ser "un juicio a posteriores". El político, en cambio, debe ser un realizador efectivo y actual. Ferrari no veía que entre la situación italiana y la francesa faltaba un anillo intermedio y que dicho anillo debía soldarse para poder pasar al siguiente. Ferrari no supo "traducir" el francés al italiano, por esto su misma agudeza devenía elemento de confusión, suscitaba nuevas sectas y escuelitas, pero no incidía en el movimiento real.

Si se profundiza la cuestión aparece que, por varios motivos, la diferencia entre muchos de los hombres del Partido de Acción y los moderados era más de "temperamento" que de carácter orgánicamente político. El término "jacobino" ha terminado por asumir dos significados: uno es aquel propio, históricamente caracterizado, de un determinado partido de la Revolución Francesa, que concebía el desarrollo de la vida francesa de un modo determinado, con un programa determinado, sobre las bases de determinadas fuerzas sociales y que aplicó su acción de partido y de gobierno con un método determinado que estaba caracterizado por una extrema energía, resolución y decisión.

En el lenguaje político los dos aspectos del jacobinismo, fueron escindidos y se llamó jacobino al hombre político enérgico, resuelto y fanático, porque está fanáticamente persuadido de las virtudes taumatúrgicas de sus ideas, cualesquiera que fuesen. En esta definición prevalecieron los elementos destructivos derivados del odio contra los adversarios y enemigos más que aquellos constructivos derivados de haber hecho propias las reivindicaciones de las masas populares; la connotación sectaria, de conventículo, de pequeño grupo, de individualismo desenfrenado, más que el elemento político nacional. Así, cuando se lee que Crispi fue un jacobino, hay que entender la afirmación en este sentido peyorativo. Por su programa, Crispi fue un moderado puro y simple. Su "obsesión" jacobina más noble fue la unidad político-territorial del país. Este principio siempre fue su brújula, no sólo en el periodo del *Risorgimento*, en sentido estricto, sino aún después durante su participación en el gobierno. Hombre fuertemente pasional, odia a los moderados como personas; ve en ellos los hombres del último momento, héroes del sexto día, gente que habría hecho la paz con los viejos regímenes si éstos se hubiesen vuelto constitucionales; gente como los moderados toscanos, que se habían aferrado a la chaqueta del gran duque para no dejarlo escapar; no se confiaba de una unidad hecha por no unitarios. Por eso se liga a la monarquía que, le parece, será resueltamente unitaria por razones dinásticas y abraza el principio de la hegemonía piamontesa con una energía y un fuego que no tenían los mismos políticos piamonteses. Cavour había advertido que el Mezzogiorno no debería someterse a los estados de asedio. Crispi, en cambio, establece de inmediato el estado de asedio y los tribunales marciales en Sicilia para el movimiento de los Fascios y acusa a los dirigentes de los Fascios de intrigar con Inglaterra la separación de Sicilia (pseudotratado de Bisacquino). Se vincula estrechamente a los latifundistas sicilianos, el grupo más unita-

rio debido al pavor provocado por las reivindicaciones campesinas. Al mismo tiempo, su política general tiende a reforzar la industrialización del norte a través del proteccionismo aduanal y la guerra de tarifas contra Francia. No titubea en sumir al Mezzogiorno en una pavorosa crisis comercial, aun cuando lo haga para reforzar la industria que podía dar al país real independencia, dilatando los marcos del grupo social dominante. Es la política de fabricar al fabricante. El gobierno de derecha de 1861 al 76 había sólo tímidamente creado las condiciones generales externas para el desarrollo económico: ajuste del aparato gubernamental, caminos, ferrovías, telégrafos y saneamiento de las finanzas onerosamente dañadas por las guerras del *Risorgimento.* La izquierda había buscado remediar el odio popular provocado por la imposición fiscal unilateral de la derecha, más no logró otra cosa que ser una válvula de escape; continuó la política de la derecha con hombres y frases de izquierda. Crispi, en cambio, dio un real golpe hacia delante a la nueva sociedad italiana, fue el verdadero hombre de la nueva burguesía. Sin embargo, su figura está caracterizada por la desproporción entre los hechos y las palabras, entre las represiones y el objeto a reprimir, entre el instrumento y la nota; manejaba una culebrina herrumbrosa como si fuese una pieza moderna de artillería. También la política colonial de Crispi está vinculada a su obsesión unitaria, y en esto supo comprender la inocencia política del *Mezzogiorno;* el campesino meridional quería tierra y Crispi que no se la quería (y ni podía) dar en Italia misma, que no quería hacer "jacobinismo económico", proyectó el espejismo colonial de tierras a explotar. El imperialismo pasional, retórico, sin base alguna económico-financiera. Europa capitalista, rica en medios, llegada al punto en que la tasa de beneficio comenzaba a mostrar la tendencia a la caída, tenía necesidad de ampliar el área de expansión para sus inversiones rediticias; así fueron creados después de 1890 los grandes imperios colonia-

les. Mas Italia aún estaba inmadura, no sólo no tenía capitales para exportar, sino que debía recurrir al capital extranjero para la satisfacción de sus estrechísimas necesidades. Al imperialismo italiano le faltaba empuje real, que fue suplido por la pasión popular de los rurales ciegamente aferrados a la propiedad de la tierra: se trataba de una necesidad política interna a resolver, cuya solución se posponía al infinito. Por esto la política de Crispi fue rechazada por los mismos capitalistas (del norte) que habrían visto con mucho gusto el empleo en Italia de las ingentes sumas gastadas en África; sin embargo Crispi fue popular en el Mezzogiorno por haber creado el "mito" de la tierra fácil.

Crispi dio gran importancia a un vasto grupo de intelectuales sicilianos (especialmente luego de haber influenciado a todos los intelectuales italianos, creando las primeras células de un socialismo nacional que debía desarrollarse más tarde impetuosamente); creó el fanatismo unitario que ha determinado una atmósfera de sospecha contra todo lo que oliera a separatismo. Lo que no ha impedido (y se comprende) que en 1920 los latifundistas sicilianos se reunieron en Palermo y proclamasen un verdadero ultimátum contra el gobierno "de Roma", amenazando con la separación; y no ha impedido que varios de estos latifundistas hayan mantenido la ciudadanía española y hayan hecho intervenir diplomáticamente al gobierno de Madrid (caso del duque de Bivona en 1919) en la tutela de sus intereses amenazados por la agitación de los campesinos excombatientes. La posición de varios grupos sociales del Mezzogiorno del 1919 al 1926 sirve para echar luz sobre algunas de las debilidades de la dirección obsesivamente unitaria de Crispi y para poner en relieve algunas de las correcciones que Giolitti le aportó (pocas en realidad, ya que Giolitti se mantuvo en la senda de Crispi; al jacobinismo del temperamento de Crispi, Giolitti lo suplió con diligencia y la continuidad burocrática; mantuvo el "espejismo de la tierra" en la política colonial, mas la sostuvo, con una

concepción militar "defensiva" y con la promesa de que es necesario crear las condiciones de libertad de expansión para el futuro).

El episodio del ultimátum de los latifundistas sicilianos en 1920 no estuvo aislado, y podría dársele otra interpretación dado el precedente de las clases altas lombardas que en alguna ocasión habían amenazado "hacer por sí mismas las cosas", reconstituyendo el antiguo ducado de Milán (política momentánea de chantaje hacia el gobierno); esta interpretación se halla en las campañas del *Mattino* de 1919 hasta la defenestración de los hermanos Scarfoglio, que sería demasiado creer que flotan en el aire, esto es, no son ligadas de algún modo a corrientes de opinión pública y a estados de ánimo subterráneos, latentes y potenciales, provocados por la atmósfera de intimidación del unitarismo obsesionado. El *Mattino* en dos entregas sostuvo esta tesis: el Mezzogiorno ha llegado a ser parte del Estado italiano sobre una base contractual, el Estatuto Albertino, pero (implícitamente) conserva su personalidad real, de hecho, y tiene el derecho a salir del nexo estatal si la base contractual viene a menos, o si se cambia la Construcción del 48. Esta tesis fue desarrollada en el 1919-1920 contra un cambio constitucional en cierta dirección, y fue reproducida en el 1924-1925 contra otra transformación en otro sentido. Es necesario tener en consideración la importancia que el *Mattino* tenía en el Mezzogiorno (era el periódico mas difundido): el *Mattino* fue siempre crispista, expansionista, daba el tono a la ideología meridional creada por el hambre de tierra y los sufrimientos de la emigración, tendía hacia toda forma vaga de colonialismo poblacional. Del *Mattino* es necesario recordar además: 1) la violentísima campaña contra el Norte a propósito de la (tentativa de) abandono por parte de los textiles lombardos de algunas de las industrias algodoneras meridionales, tentativa que había llegado hasta el punto en que se estaba por transportar la maquinaria

a Lombardía, disfrazada de fíerro viejo para eludir la legislación de las zonas industriales; la tentativa fue ventilada precisamente por el periódico, que llegó hasta hacer la exaltación de Borboni y de su política económica (sucedió en 1923); 2) la conmemoración "triste" y "nostálgica de María Sofía hecha en 1925 y que desató ruido y escándalo...

Otro elemento para probar la importancia real de la política unitaria obsesiva de Crispi es el conjunto de sentimientos creados en el Norte sobre el Mezzogiorno. La "miseria" del Mezzogiorno era "inexplicable" históricamente para las masas populares del Norte; no comprendían que la unidad no hubiera sucedido sobre una base de igualdad, sino como hegemonía del Norte sobre el Sur, o sea, que el Norte concretamente era un "pulpo" que se enriquecía a expensas del Sur y que (su) incremento económico-industrial estaba en relación directa con el empobrecimiento de la economía y la agricultura meridionales. El hombre del pueblo de la alta Italia pensaba que si el Mezzogiorno no progresaba después de haber sido liberado de las trabas que el régimen borbónico oponía al desarrollo, esto significa que las causas de la miseria no eran externas, y que debían buscarse en las condiciones económico-políticas objetivas, sino internas, innatas de la población meridional, tanto más que estaba arraigada la convicción de que el Sur gozaba de gran riqueza natural. No quedaba sino una explicación; la incapacidad orgánica de los hombres, su barbarie, su inferioridad biológica. Estas opiniones, ya difundidas (la mendicidad napolitana era una añeja leyenda), fueron consolidadas y teorizadas por los sociólogos positivistas (Nicéforo, Sergi, Ferri, Orano, etc.), asumiendo la fuerza de "verdad científica" en una época de superstición de la ciencia. Se dio así una polémica Norte-Sur sobre las razas y sobre la superioridad e inferioridad del Norte y del Sur (cfr. el libro de Colajanni en defensa del Mezzogiorno, desde este punto de vista, y la colección de la *Rivista popolare.)* Entre tanto, en

el Norte quedó la creencia de que el Mezzogiorno era una "bala de plomo" para Italia y la convicción de que los grandes progresos de la civilización industrial de la Alta Italia se habrían hecho a pesar de este "lastre". En los principios del siglo se inicia una fuerte reacción meridional, también sobre este terreno. En el Congreso Sardo de 1911, en sesión realizada bajo la presidencia del general Rugiuo, se calcula que centenares de millones fueron extorsionados a Cerdeña en los primeros 50 años del Estado Unitario, a favor del Continente. Campañas de Salvemini culminadas en la fundación de la *Unita,* pero ya conducidas en la *Voce* (cfr. número único de la *Voce* sobre la *Questione meridionale,* reimpreso después en opúsculo): en Cerdeña se inicia un movimiento autonomista bajo la dirección de Umberto Cau, que tuvo, también, un cotidiano, II *Paese.* En este inicio de siglo se realiza un cierto "bloque intelectual“”panitaliano" encabezado por B. Croce y Giustino Fortunato, que busca imponer la cuestión meridional como problema nacional capaz de renovar la vida política y parlamentaria. En cada revista de jóvenes de tendencias liberal-democráticas y que en general se proponen rejuvenecer y desprovincializar la cultura nacional, en todos los campos, en el arte, en la literatura en la política, aparece no sólo la influencia de Croce y Fortunato, sino también su colaboración: en a *Voce* y en la *Unitá,* pero también en la *Patria* de Bolonia, en la *Azione liberale* de Milán, en el movimiento juvenil liberal guiado por Giovanni Borelli, etc. El influjo de este bloque se hace camino al fijar la línea política del *Corriere de la Sera,* de Albertini; en la posguerra, dada la situación, aparece en la *Stampa* (a través de Cosmo, Salvatorelli y también Ambrosini), en el fiolittismo, con la entrada de Croce en el último gobierno Giolitti.

De este movimiento, ciertamente muy complejo y multilateral, hoy se da una interpretación tendenciosa, aun por G. Prezzolini, que fue, no obstante, una de sus típicas encarnaciones;

como documento auténtico, queda la primera edición de la *Cultura italiana* del mismo Prezzolini (1923), especialmente con sus omisiones.

El movimiento se desarrolla hasta el máximo, que es también su punto de disolución. Este punto se debe identiñcar en la particular toma de posición de P. Gobetti y en sus iniciativas culturales. La polémica de Giovanni Anzaldo (y de sus colaboradores como "Calcante" o sea Francesco Ciccotti) contra Guido Dorso es el documento más expresivo de tal punto de arribo y de resolución, aun por la comicidad que hoy aparece evidente en las posiciones gladiadoras y de intimidación del unitarismo obsesivo (que Anzaldo, en 1925-1926, creyese que podía hacer creer en el retorno de los Borbones a Nápoles, parecería inconcebible sin el conocimiento de todos los antecedentes de la cuestión y de las vías subterráneas a través de las cuales acontecían las polémicas, sobrentendidas y enigmáticas para los no "iniciados"; sin embargo es notable que en algunos elementos del pueblo, que habían leído a Oriani, existiera el miedo de que en Nápoles fuese posible una restauración borbónica y por eso una disolución más extensa del nexo estatal unitario).

De esta serie de observaciones y de análisis de algunos elementos de la historia italiana después de la unidad se pueden sacar algunos criterios para apreciar la posición de contraste entre los moderados y el Partido de Acción, y para investigar la distinta "sabiduría" política de estos dos partidos y de diversas corrientes que contendieron por la dirección política e ideológica de este último. Es evidente que para contraponerse eficazmente a los moderados, el Partido de Acción debía vincularse a las masas rurales, especialmente a las meridionales, ser "jacobino" no sólo por la forma externa, de temperamento, sino especialmente por el contenido económico-social. El ligamento de las diversas clases rurales que se realizaba en el bloque reaccionario, a través de distintas categorías de intelectuales,

legitimistas-clericales, podía ser disuelto para advenir a una nueva formación liberal-nacional sólo si se aplicaba la fuerza en dos direcciones: sobre los campesinos de base, aceptando sus reivindicaciones elementales y haciéndolos parte integrante del nuevo programa de gobierno, y sobre los intelectuales de los estratos medios e inferiores, concentrándolos e insistiendo sobre motivos que podían interesarles (y ya la perspectiva de formación de un nuevo aparato de gobierno, con las posibilidades de empleo que ofrece, era un elemento formidable de atracción para ellos, a condición de que la perspectiva fuese presentada concretamente, apoyada en las aspiraciones de los campesinos). La relación entre estas dos acciones era dialéctica y recíproca. La experiencia de muchos países, ante todo de Francia en el periodo de la gran revolución, ha demostrado que si los campesinos se mueven por impulsos "espontáneos", los intelectuales comienzan a oscilar y, recíprocamente, si un grupo de intelectuales se ubica sobre la base de una nueva política filocampesina concreta, acaba por arrastrar tras de sí a fracciones de masas cada vez más importantes. Se puede decir, por esto, que dada la dispersión y aislamiento de la población rural y la dificultad para concentrarla en sólidas organizaciones, conviene que el movimiento se inicie por los grupos intelectuales; sin embargo, lo que hay que tener presente, es la relación dialéctica entre las dos acciones. Se puede decir que es casi imposible crear partidos campesinos en el estrecho sentido de la palabra. El partido campesino se realiza, en general, sólo como fuerte corriente de opinión, no en forma esquemática de encuadramiento burocrático; sin embargo la existencia, aunque sólo sea, de un esqueleto organizativo es de inmensa utilidad, tanto para realizar una incierta selección de hombres como para controlar los grupos de intelectuales e impedir que intereses de casta los lleven imperceptiblemente a otro terreno.

Estos criterios deben tenerse presentes en el estudio de la personalidad de Giuseppe Ferrari, que fue el "especialista", inescuchado, de cuestiones agrarias en el Partido de Acción. En Ferrari se debe estudiar bien la posición hacia los braceros agrícolas, esto es, los campesinos sin tierra, que viven al día, sobre los que él funda una parte conspicua de sus ideologías por las cuales es, ahora, buscado y leído por determinadas corrientes (obras de Ferrari reimpresas por Monanni con prefacio de Luigi Fabri). Es necesario reconocer que el problema de los braceros es dificilísimo y, aún hoy, de solución ardua. En general hay que tener presente estos criterios; los braceros son todavía hoy, en su mayor parte y, por eso, aún más en el período del *Risorgimento*, simples campesinos sin tierra, no obreros de una industria agrícola desarrollada con capital concentrado y división del trabajo; en el período del *Risorgimento* estaba, en modo relevante, más difundido el tipo del obligado (por contrato u otra forma) que el del temporal. Su psicología es, por esto, con las debidas excepciones, la misma del colono y del pequeño propietario (es conveniente recordar la polémica entre los senadores Tanari y Bassini en el *Resto del Carlino* y en la *Perseveraría*, que se produjo hacia fines de 1917 o a principios del 1918 a propósito de la realización de la fórmula "la tierra para los campesinos" lanzada en aquel tiempo. Tanari estaba a favor, Bassini en contra. Bassini se basaba en su experiencia de gran industrial agrícola, de propietario de empresas agrícolas en las que la división del trabajo había progresado tanto que hacía indivisible la tierra, debido a la desaparición del campesino-artesano y el emerger del obrero moderno). La cuestión se planteaba en forma aguda, no tanto en el Mezzogiorno, donde el carácter artesanal del trabajo agrícola era demasiado evidente, sino en el valle de Padua, donde el trabajo era más neto. Pero incluso, en tiempos recientes, la existencia de un problema agudo de braceros en el valle de Padua, se debía en parte a

causas "extraeconómicas": 1) sobrepoblación que no hallaba salida en la emigración, como en el Sur, y era sostenida artificialmente con la política de trabajos públicos, 2) Política de los propietarios, que no querían consolidar en una única clase a los braceros y a los arrendatarios, alternando el arrendamiento con la conducción propia y sirviéndose de esta alternancia para determinar una mejor selección de arrendatarios privilegiados que fuesen sus aliados (en cada Congreso agrario de la región de Padua se discutía siempre si convenía mejor el arrendamiento que la conducción directa y era claro que la opción se hacía por razones político-sociales). Durante el *Risorgimento* el problema de los braceros paduanos emergió bajo la forma de un pavoroso pauperismo. Así es visto por el economista Tullio Marttolo en su *Storia dell'Internazionale,* escrita en 1871-72; trabajo que es necesario tener presente porque refleja las posiciones políticas y las preocupaciones sociales del período precedente.

La posición de Ferrari es debilitada, después, por su "federalismo", que, especialmente en él, residente en Francia, aparecía aún más como reflejo de los intereses nacionales y estatales franceses. Es de recordar a Proudhon y sus libelos contra la unidad italiana, combatida por el punto de vista confeso de los intereses estatales franceses.

En realidad las principales corrientes de la política francesa eran ásperamente contrarias a la unidad italiana. Aún hoy los monárquicos (Bainville y co.) "reprochan" retrospectivamente a los dos Napoleones haber creado el mito nacional y haber contribuido a realizarlo en Alemania y en Italia, abatiendo así la estructura relativa de Francia, que para estar "segura" debería estar circundada por un polvillo de pequeños estados tipo Suiza.

Es justamente sobre la consigna "independencia y unidad", sin tener en cuenta el concepto político contenido en tales formas genéricas, que los moderados después del 1948 formaron el bloque nacional bajo su hegemonía, influenciando a los

dos jefes supremos del Partido de Acción, Mazzini y Garibaldi, en forma y medida distintas. Cómo los moderados alcanzaron su intento de desviar la atención de la nuez a la cáscara lo demuestra, entre otras tantas, esta expresión de Guerrazzi en una carta a un estudiante siciliano; "sea como se quiera —o despotismo, o república, u otra cosa— no busquemos dividirnos; con este perno, aún si cae el mundo, reencontraremos el camino." (publicada en *el Archivo Storico Siciliano* por Eugenio de Carlo-Carteggio de F. Guerrazi, con notas de Francesco Paolo Sordofontana di Riella, resumido en el *Marzocco* del 29 de noviembre de 1929). Además toda la obra de Mazzini se resume en la continua y permanente prédica de la unidad.

A propósito del jacobinismo y del Partido de Acción un elemento que se debe poner en primer plano es éste: que los jacobinos conquistaron en lucha sin cuartel su función de partido dirigente; en realidad, se "impusieron" a la burguesía francesa, conduciéndola a una posición mucho más avanzada de la que los núcleos burgueses primitivamente más fuertes habrían querido "espontáneamente" ocupar, y también mucho más avanzada que aquélla que las premisas históricas podían consentir; por eso los golpes de regreso y la función de Napoleón I. Este rasgo, característico del jacobinismo (pero también, antes, de Cromwell y sus "cabezas redondas") y, entonces, de toda gran revolución, de forzar la situación (aparentemente) y de crear hechos consumados, irreparables, arrojando hacia adelante a los burgueses a patadas en el trasero por parte de un grupo de hombres extremadamente enérgicos y resueltos, puede ser "esquematizada" así: el tercer estado era el menos homogéneo de los ordenes, tenía una élite intelectual muy notable y un grupo económico muy avanzado pero políticamente moderado. El desarrollo de los acontecimientos siguió un proceso de lo más interesante. Los representantes del tercer estado plantean inicialmente sólo las cuestiones que interesan a los componentes

físicos, actuales, del grupo social, sus intereses "corporativos", inmediatos (corporativos en el sentido tradicional, mezquinos, de una cierta categoría social). Los precursores de la revolución son, en efecto, reformistas moderados que vociferan pero en realidad exigen muy poco. Paralelamente se viene seleccionando una nueva élite que no se interesa únicamente por reformas "corporativas", sino que tiende a concebir a la burguesía como el grupo hegemónico de todas las fuerzas populares; esta selección sucede por la acción de dos factores: la resistencia de las viejas fuerzas sociales y la amenaza internacional. Las viejas fuerzas no quieren ceder nada y si ceden algo lo hacen con la voluntad de ganar tiempo y preparar una contraofensiva. El tercer estado habría caído en estas "trampas" sucesivas sin la acción enérgica de los jacobinos que se oponían a toda pausa "intermedia" del proceso revolucionario, enviando a la guillotina no sólo a los elementos de la vieja sociedad que se resistían a morir sino también a los revolucionarios de ayer, que hoy habían devenido reaccionarios. Los jacobinos, por tanto, fueron el único partido de la revolución en acto, en cuanto no sólo representaba las necesidades y aspiraciones inmediatas de las personas físicas, actuales, que constituían la burguesía francesa, sino que representaban el movimiento revolucionario de conjunto, como desarrollo histórico integral; representaban las necesidades futuras, y no sólo de determinadas personas físicas, sino de todos los grupos nacionales que debían ser asimilados al grupo fundamental existente. Es necesario insistir, contra una corriente tendenciosa, en el fondo anti-histórica, los jacobinos fueron realistas al estilo de Maquiavelo y no abstractos. Ellos estaban persuadidos de la absoluta verdad de las fórmulas sobre la igualdad, la fraternidad, la libertad y, lo que más importa, de tales verdades estaban persuadidas las grandes masas populares a las que los jacobinos incitaban y llevaban a la lucha.

El lenguaje de los jacobinos, su ideología y métodos de acción reflejaban perfectamente las exigencias de la época, aun si "hoy", en una situación distinta y después de más de un siglo de elaboración cultural, pueden parecer "abstractas" y "frenéticas". Naturalmente los reflejaban según la tradición cultural francesa. Es prueba de ésto, el análisis que del lenguaje jacobino se tiene en la *Sagrada Familia* y la admisión de Hegel que pone como paralelos y recíprocamente traducibles, el lenguaje jurídico-político de los jacobinos y los conceptos de la ñlosofía clásica alemana, a la que, hoy, se reconoce el máximo de concreción y que ha generado el historicismo moderno. La exigencia primera era la de aniquilar las fuerzas adversarias o por lo menos reducirlas a la impotencia, haciendo imposible una contrarrevolución. La segunda exigencia era dilatar los cuadros de la burguesía como tal y ponerla a la cabeza de todas las fuerzas nacionales, identificando los intereses y exigencias comunes a todas las fuerzas nacionales, con el propósito de ponerlas en movimiento y conducirlas a la lucha, con dos objetivos: a) oponer un blanco más extenso a los golpes de los adversarios, esto es, crear una relación política-militar favorable a la revolución; b) quitar a los adversarios toda zona de reserva en la que pudiesen enrolar ejércitos como de la Vendée. Sin la política agraria de los jacobinos París habría tenido la Vendée a sus puertas. La resistencia de la Vendée propiamente dicha estuvo ligada a pro- blemas nacionales exacerbados en las poblaciones bretonas y, en general, alógenas, dada la fórmula de "república única e indivisible", y la política de concentración burocrático-militar a las que los jacobinos no podían renunciar sin suicidarse. Los girondinos intentaron apoyarse en el federalismo para aplastar al París jacobino, pero las tropas conducidas a París se pasaron a os revolucionarios. Excepto en algunas zonas periféricas, donde la distinción nacional (y lingüística) era muy grande, la cuestión agraria tuvo prioridad sobre las aspiraciones de

autonomía local. Francia rural aceptó la hegemonía de París, comprendió que para destruir definitivamente al antiguo régimen debía unirse a los elementos más avanzados del tercer estado y no a los girondinos moderados. Si es verdad que los jacobinos "forzaron" la mano, es también verdad que esto aconteció siempre en el sentido del desarrollo histórico real; no sólo organizaron un gobierno burgués e hicieron de la burguesía la clase dominante sino que hicieron mucho más, crearon el Estado burgués, hicieron de la burguesía la clase nacional dirigente, hegemónica, esto es, dieron al Estado una nueva base creando la compacta nación moderna francesa.

Que, no obstante ello, los jacobinos hayan siempre permanecido en el terreno de la burguesía, está demostrado por los acontecimientos que signaron su fin como partido de formación muy determinada y rígida y por la muerte de Robespierre. No quisieron reconocer a los obreros el derecho de asociación, mantuvieron la ley Chapelier, y en consecuencia, promulgaron la ley del "máximum", despedazando el bloque urbano de París; sus fuerzas de asalto, que se concentraban en el Ayuntamiento, se dispersaron desilusionadas y, entonces el, Termidor arribó. La revolución había hallado los límites más extensos de clase, la política de las alianzas y de la revolución permanente había terminado planteando nuevos problemas que en esos tiempos no podían resolverse: habían desencadenado fuerzas elementales que sólo una dictadura militar podía contener.

En el Partido de Acción no se encuentra nada que se parezca a los jacobinos y a su voluntad inflexible de ser partido dirigente. Ciertamente es necesario tener en cuenta las diferencias. En Italia la lucha se presentaba como lucha contra los viejos tratados, el orden internacional vigente y la lucha contra Austria, la potencia extranjera que los sostenía en Italia, ocupando una parte de la península y controlando el resto. También en Francia se presentó este problema, al menos en cierto sentido, porque

llegado a un punto la lucha nacional llevada a cabo en la frontera deviene interna, mas esto sucedió después de que todo el territorio fuera conquistado por la Revolución . Los jacobinos supieron sacar de la amenaza externa los elementos para una mayor energía interna. Comprendieron bien que para vencer al enemigo externo debían aplastar al interno y sus aliados: no vacilaron en desencadenar las masacres de septiembre. En Italia este vínculo, que también existía implícito, entre Austria y los nobles, los terratenientes y al menos una parte de los intelectuales, no fue denunciado con la debida energía y del modo más prácticamente eficaz, no devino elemento político activo. Se transformó "curiosamente" en un problema de menor o mayor dignidad patriótica y dio lugar a un reguero de polémicas acrimoniosas y estériles hasta después de 1898 (cfr. los artículos de *Rerum scriptor* en *Crítica Sociale,* después la reimpresión de las publicaciones y el libro de Romualdo Bontadini *Cinquanta Anni di patriottismo.)*

Se debe recordar, a este propósito, la cuestión de los "constituidos" de Federico Confalonieri: Bontadini, en su citado libro, afirma en una nota haber visto la colección de los constituidos en el *Archivo di Stato di Milano* y hace alusión a cerca de 80 fascículos. Otros han negado siempre que la colección de los constituidos existiese en Italia y, de esta manera, explicaban su no publicación. En un artículo publicado en 1925 (?) del senador Salat, encargado de investigar en los archivos de Viena los documentos referente a Italia, se decía que los constituidos habían sido descubiertos y publicados. Recordar el hecho que en cierto periodo la *Civiltá Cattolica* desafió a los liberales a publicarlos, afirmando que los constituidos habrían hecho saltar al viento la unidad italiana. En la cuestión Confalonieri el hecho más notable es que, a diferencia de otros patriotas agraciados por Austria, Confalonieri, que también era un notable político, se retiró de la vida activa y mantuvo después de su separación

un comportamiento muy reservado. Toda la cuestión de Confalonieri se debe reexaminar críticamente, en el conjunto de sus posiciones, la de sus compañeros, con un examen profundo de las memorias escritas por cada uno, cuando las escribieron. Por las polémicas que suscitó, son interesantes las memorias del francés Alessandro Adryane, que rinde tributo y admiración a Confalonieri, mientras ataca a G. Pallavicino por su debilidad.

A propósito de las defensas hechas recientemente de la posición de la aristocracia lombarda hacia Austria, especialmente después de la tentativa insurreccional de febrero de 1853, durante el virreinato de Maximiliano, se debe recordar que Alessandro Luzio, cuya obra histórica es siempre tendenciosa y acrimoniosa contra los demócratas, llega hasta a legitimar los fíeles servicios rendidos a Austria por Salvotti; muy otro que espíritu jacobino. La nota cómica del argumento es dada por Alfredo Panzini que en la *Vita de Cavour* hace toda una variación, melindrosa, repugnante y jesuítica, acerca de una "piel de tigre" expuesta en una ventana aristocrática durante una visita a Milán de Francisco José.

Para todos estos puntos de vista deben ser consideradas las concepciones de Missiroli, Gobetti, Dorso, etc., sobre el *Risorgimento* italiano como "conquista regia".

Si en Italia no se formó un partido jacobino, las razones deben buscarse en el campo económico, esto es, en la relativa debilidad de la burguesía italiana en el clima histórico posterior a 1815. El límite con el que se toparon los jacobinos en su política de forzada vigilia de las energías populares para hallar a la burguesía —la ley Chapelier y la del "máximum"—, se presentaba como un "fantasma" ya amenazante, sabiamente utilizado por Austria, los viejos gobiernos, Cavour y el Papa. La burguesía no podía (tal vez) extender más su hegemonía sobre vastos estratos populares, a los que en cambio había podido

abrazaren Francia; no podía por razones subjetivas, no objetivas, ya que la acción sobre los campesinos era, ciertamente, siempre posible.

Diferencias entre Francia, Alemania e Italia en el proceso de toma del poder por parte de la burguesía (e Inglaterra). En Francia se tiene el proceso más rico en desarrollos y elementos políticos activos y positivos. En Alemania el proceso se desarrolla con algunos aspectos y modos que se asemejan al italiano, y por otros, al inglés. En Alemania el movimiento del 48 fracasa por la escasa concentración burguesa (la consigna jacobina fue dada por la extrema izquierda democrática: "revolución permanente") y porque la cuestión de la renovación estatal estaba entrelazada con la cuestión nacional; las guerras del 64,66 y 70 resolvieron de conjunto la cuestión nacional y la de clase en un tipo intermedio. La burguesía obtiene el gobierno económico-industrial, pero las antiguas clases feudales permanecen como grupo gobernante del Estado político, con amplios privilegios corporativos en el ejército, en la administración y sobre la tierra. Sin embargo, si estas clases antiguas conservan en Alemania tanta importancia y gozan de tantos privilegios, por lo menos, ejercen una función nacional; devienen "intelectuales" de la burguesía con un determinado temperamento dado el origen de casta y la tradición. En Inglaterra, donde la revolución burguesa se ha desarrollado antes que en Francia, tenemos un fenómeno similar al alemán de fusión entre lo viejo y lo nuevo, no obstante la extrema energía de los "jacobinos" ingleses, esto es, las "cabezas redondas" de Cromwell. La vieja aristocracia permanece como grupo gobernante, con ciertos privilegios; deviene, también, la categoría intelectual de la burguesía (por lo demás la aristocracia inglesa es de cuadros abiertos y se renueva continuamente con elementos provenientes de los intelectuales y de la burguesía). A propósito de esto se deben ver algunas observaciones contenidas en el prefacio a la

traducción inglesa de *Utopía e Scienza,* que es necesario recordar para la investigación sobre los intelectuales y sus funciones histórico-sociales.

La explicación dada por Antonio Labriola sobre la permanencia en el poder en Alemania de los *junkers* y del kaiserismo a pesar del gran desarrollo capitalista oscurece la justa explicación. La relación de clases creada por el desarrollo industrial con la consecución del límite de la hegemonía burguesa y el trastocamiento de las posiciones de las clases progresivas, ha inducido a la burguesía a no luchar a fondo contra el antiguo régimen, dejando subsistir una parte de su fachada, dentro de la cual encubre su propio dominio real.

Esta diferencia de proceso en las manifestaciones del mismo desarrollo histórico en diversos países se debe vincular no sólo a las diversas combinaciones de las relaciones internas de la vida de las distintas naciones sino también a las diversas relaciones internacionales (las relaciones internacionales son por costumbre subvaloradas en este orden de investigaciones). El espíritu jacobino audaz, temerario, está ligado a la larga hegemonía de Francia en Europa, a la existencia de un centro urbano como París y a la centralización en Francia por obra de la monarquía absoluta. Las guerras de Napoleón con la enorme mortandad de hombres, entre los más audaces y emprendedores, ha debilitado la energía político-militar de Francia y de otras naciones, si bien intelectualmente hayan sido muy fecundas para la renovación de Europa.

Las relaciones internacionales han tenido una gran importancia en la determinación de la línea de desarrollo del *Risorgimento* italiano, aunque han sido exageradas por el partido moderado y por Cavour por propósitos de partido. Es notable el hecho de que Cavour teme como al fuego la iniciativa garibaldina antes de la expedición de Quarto y del paso del stretto, por las complicaciones internacionales que podía crear; más tarde él

mismo, empujado por el entusiasmo creado por los Mil en la opinión europea, ha llegado a ver como factible una nueva guerra contra Austria. Existía en Cavour una cierta deformación, deformación profesional del diplomático, que lo hacía ver "demasiadas" dificultades y lo inducía a exageraciones "conspirativas" y a prodigios, en buena parte, funambulescos de sutileza y de intrigas. En todo caso Cavour actuó egregiamente como hombre de partido; que después su partido representase los profundos intereses nacionales, pero sólo en el más extenso sentido de imponer a la comunidad y a la masa popular las exigencias de la burguesía, es otra cuestión.

A propósito de la consigna "jacobina" formulada en el 1848-1849 es de estudiar su compleja fortuna. Restablecida, sistematizada, elaborada e intelectualizada por el grupo de Parvus-Bronstein, se manifestó inerte e infecunda en 1905 y más delante; había devenido abstracta. La corriente que la combatió en esta su manifestación literaria, en cambio, sin emplearla "a propósito", la empleó de hecho en una forma que adhería a la historia actual, concreta, viviente, adaptada al tiempo y al lugar; como brotando por todos los poros de determinada sociedad que era necesario transformar; como alianza de dos grupos sociales, bajo la hegemonía del grupo urbano.

En un caso se tuvo el temperamento jacobino sin un contenido político adecuado, en el segundo, temperamento y contenido "jacobinos" según las nuevas relaciones históricas, y no según una etiqueta literaria e intelectualista.

(C. 19, pp. 2010-2034.)

Se puede decir que la historiografía de Croce es un renacimiento de la historiografía del *Risorgimento,* adaptada a las necesidades y a los intereses del período actual. Croce continúa la historiografía de la corriente neogüelfa de antes del 48, asi como fue robustecida a través del hegelianismo por los moderados (que después del 48 continuaron la corriente neogüelfa). Esta historiografía es un hegelianismo degenerado y mutilado, ya que su preocupación fundamental es un temor pánico a los movimientos jacobinos, a toda intervención activa de las grandes masas populares como actores de progreso histórico. Se puede ver como la fórmula crítica de Vicencio Cuoco sobre la "revolución-pasiva", que cuando fue emitida (después del trágico experimento de la República Partenopea de 1799) tenía un valor de advertencia y habría debido crear una moral nacional de mayor energía y de iniciativa revolucionaria popular, pero se convirtió, en el cerebro y en el pánico social de los moderados-neogüefos, en una concepción positiva, en un programa político y en una moral que, tras de los rutilantes oropeles retóricos y nacionalistas del "primado", de la "iniciativa italiana", de"*'Vitalia fará da sé"*, escondía la inquietud del "aprendiz de brujo" y la intención de abdicar y capitular a la primera amenaza sería de una revolución profundamente popular, esto es, radicalmente nacional.

Un fenómeno cultural parangonable al de los neogüelfos-moderados, si bien en una posición histórico-política más avanzada, es el sistema ideológico de Proudhon en Francia. Me parece que se puede decir que Proudhon es el Giobertti de la situación francesa, aunque la afirmación parezca paradójica, ya que Proudhon tiene hacia el movimiento obrero francés la misma posición que Giobertti frente al movimiento liberal-nacional italiano. Se tiene en Proudhon la misma mutilación del hegelianismo y la dialéctica que en los moderados italianos y, por tanto, la crítica contenida, siempre viva y actual, en la *Miseria de la filosofía* a esta concepción política historiográfica es la misma. Esta concepción fue definida por Edgar Quinet como "revolución-restauración" que no es sino la traducción francesa del concepto de "revolución pasiva", interpretada "positivamente" por los moderados italianos. El error filosófico (de origen práctico) de tal concepción radica en que en el proceso dialéctico se presupone "mecánicamente" que la tesis debe ser "conservada" por la antítesis para no destruir el proceso mismo, el que, por tanto, viene "previsto" como una repetición al infinito, mecánica y arbitrariamente prefijado. En realidad se trata de uno de los tantos modos "de encorsetar al mundo", de una de las tantas formas de racionalismo antihistoricista. La concepción hegeliana, aun en su forma especulativa, no consiente semejantes domesticaciones y constricciones mutiladoras y no da lugar a formas de irracionalismo y arbitrariedad como las contenidas en la concepción de Bergson. En la historia real, la antitesis tiende a destruir a la tesis, la síntesis será una superación, pero sin que se pueda, apriori, establecer lo que será "conservado" de la tesis, sin que se p"ueda, apriori, "medir" los golpes como en un "ring" regulado convencionalmente. Que esto acontezca después, de hecho, es cuestión de "política" inmediata, ya que en la historia real el proceso dialéctico se desmenuza en innumerables momentos parciales. El error consiste en elevar a

momento metodológico, lo que es pura inmediatez, elevando precisamente la ideología a filosofía (...En el sistema lógico se introduce el elemento pasional inmediato y luego se pretende que permanezca válido el valor instrumental del sistema). Que tal modo de concebir la dialéctica fuese errado y "políticamente" peligroso, fue advertido por los mismos moderados hegelianos del *Risorgimento,* como Spaventa. Basta recordar sus observaciones sobre lo que querían los moderados; con la excusa de que el momento de la autoridad es imprescindible y necesario, pretendían conservar al hombre siempre en "pañales" y en la esclavitud. Pero no podían reaccionar más allá de cierto límite, más allá de los limites de su grupo social que, no obstante, sí trataba concretamente de salir de la "cuna": la fórmula fue hallada en la concepción "revolución-restauración", o sea, en un conservadurismo reformista atemperado. Se puede observar que tal modo de concebir la dialéctica es propio de intelectuales, que se conciben a sí mismos como árbitros y mediadores de la luchas políticas reales, creyendo que personifican la "catarsis" del paso del momento económico al ético-político, esto es, la síntesis del proceso dialéctico mismo, síntesis que ellos "manipulan" especulativamente, dosificando sus elementos "arbitrariamente" (o sea, pasionalmente). Esta posición justifica el que no se "comprometan" enteramente en el acto histórico real; es una posición indudablemente cómoda. Es la posición de Erasmo frente a la Reforma.

(C. 10, pp. 1219-1222.)

L*'Etá del Risorgimento* de Adolfo Omodeo (ed. Principato, Messina). Este libro de Adolfo Omodeo parece haber fracasado en su conjunto. Es el refrito de un manual escolar y de manual conserva muchas características. Los hechos (los sucesos) son descritos simplemente como puras enunciaciones de catálogo, sin nexos de necesidad histórica. El estilo del libro es desaliñado e irritante con frecuencia; los juicios son tendenciosos, a veces parece que Omodeo tenga una cuestión personal con ciertos protagonistas de la historia (p. e. con los jacobinos franceses). Por lo que se refiere a la península italiana, parece que la intención de Omodeo habría sido la de mostrar que el *Risorgimento* fue un hecho esencialmente italiano, cuyos orígenes deben hallarse en Italia y no sólo, o prevalentemente, en los desarrollos europeos de la Revolución francesa y de la invasión napoleónica. Mas ésta intención no se verifica de otro modo que iniciando la narración en 1740, en vez de en 1780, 1796 o 1815.

El periodo de las monarquías ilustradas no es en Italia un hecho autóctono y no es "original" italiano el movimiento de pensamiento conexo (Giannone y los realistas). Parece que puede afirmarse que la monarquía ilustrada es la más importante derivación de la época del mercantilismo, que anuncia los tiempos nuevos y la moderna civilización nacional. Pero en

Italia ¿hubo una época de mercantilismo como fenómeno nacional? Si el mercantilismo se hubiera desarrollado orgánicamente, habría hecho aún más profundas, y quizá definitivas, las divisiones en Estados regionales. El estado informe, inorgánico, en que las diversas partes de Italia vinieron a encontrarse desde el punto de vista económico, la no formación de fuertes intereses constituidos en torno a un fuerte sistema mercantil-estatal, permitieron o hicieron más fácil la unificación en el periodo del *Risorgimento.*

Parece que en la transformación de su trabajo de manual escolar en libro de cultura general titulado la *Etá del Risorgimento,* Omodeo habría debido cambiar toda la economía (la estructura), reduciendo la parte europea y dilatando la parte italiana. Desde el punto de vista europeo, la época es la de la Revolución francesa y no la del *Risorgimento* italiano, la del liberalismo como una concepción general de la vida y como nueva forma de civilización estatal-cultural y no sólo del aspecto "nacional" del liberalismo. Ciertamente es posible hablar de una época del *Risorgimento,* pero entonces es necesario restringir la perspectiva y enfocar sólo a Italia y no a Europa. Se desarrollarían, de la historia europea y mundial, sólo aquellos nexos que modificaban la estructura general de las relaciones internacionales de fuerza opuestos a la formación de un gran Estado unitario en la península, es decir, los que mortificaban cada intento en este sentido, ahogándolo en su nacimiento. Se investigarían también, las corrientes internacionales que, en cambio, influían en Italia alentando a las fuerzas autónomas y locales de la misma naturaleza, haciéndolas más válidas. Existe, a saber, una época del *Risorgimento* en Italia, pero en la historia de Europa no existe como tal; en ésta, se trata de la época de la Revolución Francesa y del liberalismo (como ha sido tratada por Croce, en forma insuficiente porque en su cuadro falta la premisa, la Revolución en Francia y las guerras sucesivas; las

derivaciones históricas son presentadas como hechos en sí, autónomos, que en sí conllevan las propias razones de ser y no como parte de un mismo nexo histórico, de los que la Revolución y las guerras no pueden no ser elementos esenciales y necesarios)...

(C. 19, pp. 1960-2.)

La historia de Europa vista como "revolución pasiva". ¿Puede hacerse una historia de la Europa del siglo XIX sin tratar orgánicamente la Revolución francesa y las guerras napoleónicas? ¿Puede hacerse una historia de Italia en la época moderna sin las luchas del *Risorgimento?* En un caso, y en el otro, Croce, por razones extrínsecas y tendenciosas, prescinde del momento de la lucha, en el cual la estructura es elaborada y modificada, y plácidamente asume como historia el momento de la expansión cultural o ético-político. ¿Tiene un significado "actual" el concepto de "revolución pasiva"? ¿Estamos en un periodo de "revolución-restauración" en consolidación, que deba ser organizado ideológicamente y exaltado líricamente? ¿Tiene Italia, comparada con la URSS, la misma relación que la Alemania (y la Europa) de Kant-Hegel con la Francia de Robespierre-Napoleón?

(C. 10, p. 1209.)

¿Ha existido alguna vez, realmente, una francofilia en Italia? ¿Eran realmente francófilos los radicales, masones del *Secolo*, que por costumbre son juzgados como desvergonzadamente francófilos? Analizando más profundamente, pienso que se puede hallar que ni siquiera esa corriente fue francófila en sentido propio. Francia representó un mito para la democracia italiana; la transfiguración en un modelo extranjero, eso que la democracia italiana no había logrado hacer jamás y que no se proponía hacer concretamente; el sentido de la propia impotencia y la ineptitud en el ámbito nacional. Francia era la Revolución francesa y no el régimen actual, era la participación de las masas populares en la vida política y estatal, era la existencia de fuertes corrientes de opinión, la desprovincianización de los partidos, el decoro de la actividad parlamentaria, etc. En Italia, eran cosas que no existían, que se codiciaban pero por las que, para alcanzarlas, no se sabía y no se quería hacer nada preciso, continuo, coordinado. Se mostraba al pueblo italiano el ejemplo francés como si se esperase que el pueblo italiano hiciese por sí mismo, esto es, como iniciativa espontánea de masa, lo que los franceses habían logrado a través de una serie de revoluciones y guerras, a costo de torrentes de sangre, Mas no era francofilia en el sentido técnico y político, más bien era, precisamente en

estos demócratas, mucha envidia por Francia y un odio sordo. Francófilos eran los moderados que creían deber de Francia ayudar siempre a Italia como a una pupila subordinada a la política francesa: Por desilusión se echaron en brazos de Alemania.

(C. 8, pp. 967-8.)

Las investigaciones sobre los orígenes del movimiento nacional de *Risorgimento* están casi siempre viciadas por la tendenciosidad política inmediata, no sólo por parte de los escritores italianos sino también por parte de los extranjeros, especialmente franceses (o bajo la influencia de la cultura francesa). Existe una "doctrina" francesa sobre los orígenes del *Risorgimento,* según la cual la nación italiana debe su éxito a Francia en particular, gracias a los dos Napoleones. Esta doctrina tiene su aspecto polemico-negativo: Los nacionalistas monárquicos (Bainville), reprochan a los dos Napoleones (y a las tendencias democráticas suscitada por la Revolución) el haber debilitado la posición relativa de Francia en Europa con su política "nacionalitaria", o sea, haber estado contra la tradición y los intereses de la nación francesa, representados por la monarquía y por los partidos de derecha (clericales), siempre antiitalianos, y que sólo consentirían tener por vecinos conglomerados de pequeños estados, como eran Alemania e Italia en el siglo XVIII.

En Italia las cuestiones "tendenciales y tendenciosas" planteadas al respecto son las siguientes: 1) La tesis democrática francófila, según la cual el movimiento se ha debido a la Revolución francesa, de la que es una derivación directa, y que ha

determinado la tesis opuesta. 2) La Revolución francesa con su intervención en la península ha interrumpido el movimiento "genuinamente" nacional; esta tesis tiene un doble aspecto: a) el jesuítico (para el cual los sanfedistas eran el único elemento "nacional" respetable y legítimo) y b) el moderado, que se refiere más bien a los principios reformadores, a las monarquías ilustradas. Algún otro agrega: c) el movimiento reformador había sido interrumpido por el pánico suscitado por los acontecimientos de Francia; por eso la intervención de los ejércitos franceses en Italia no interrumpe el movimiento indígena sino más bien hace posible su reanimación y consumación...

En un muy notable artículo de Gioacchino Volpe, *Una scuola per la storia deIll'Italia moderna* (en *Corriere della Sera* del 9 de enero de 1932), se dice. "Todos lo saben: para comprender el *Risorgimento* no basta trasladarse a 1815 ni aun a 1796, año en que Napoleón irrumpe en la península y desencadena la tempestad. El *Risorgimento,* como reanimación de la vida italiana, como formación de una nueva burguesía, como creciente conciencia de los problemas no sólo municipales y regionales sino nacionales, como sensibilidad a ciertas exigencias ideales, es necesario buscarlo mucho antes de la Revolución, ya que es un síntoma, uno de los síntomas de la Revolución en marcha, no sólo francesa sino, en cierto sentido, mundial. Todos igualmente saben que la historia del *Risorgimento* no se estudia sólo con documentos y como hecho exclusivamente italiano sino en el cuadro de la vida europea: trátase de corrientes culturales, de transformaciones económicas, de nuevas situaciones internacionales que apremian a los italianos a nuevos pensamientos, a nuevas actividades, a un nuevo orden político".

(...) Baldo Peroni, en la *Nueva Antología* del 6 de agosto de 1932, observa: "Nuestro *Risorgimento* —entendido como des-

pertar político— comienza cuando el amor a la patria cesa de ser una vaga aspiración sentimental o un motivo literario y deviene pensamiento consciente, pasión que tiende a realizarse mediante una acción que se desarrolla continuamente y no se detiene ante los más duros sacrificios. Ahora bien, tal transformación acontece en la última década del siglo XVIII y no sólo en Lombardía sino también en Nápoles, el Piamonte y en casi todas las regiones de Italia. Los patriotas que entre el 1789 y el 1796 son enviados al exilio o suben al patíbulo, han conspirado, además de para instaurar la República, también para dar a Italia unidad e independencia. En los años siguientes es el amor por la independencia el que inspira y anima la actividad de toda la clase política italiana, sea que colabore con los franceses, sea que intente movimientos insurreccionales, aun cuando parece evidente que Napoleón no quiere conceder la libertada solemnemente prometida". Peroni, de cualquier modo, no cree que el movimiento italiano se deba buscar antes del 89, esto es, afirma una dependencia del *Risorgimento* de la Revolución francesa; tesis que no es aceptada por la historiografía nacionalista. Sin embargo, parece verdad lo que Peroni afirma, si se considera el hecho específico y de importancia decisiva que significó el primer agrupamiento de elementos políticos, el que se desarrollará hasta formar el conjunto de los partidos que serán los protagonistas del *Risorgimento.* Si en el curso del siglo XVIII comienzan a aparecer y consolidarse las condiciones objetivas, internacionales y nacionales que hacen de la unificación nacional un objetivo históricamente concreto (no sólo posible sino necesario), es cierto que sólo después del 89 este objetivo deviene consciente en grupos de ciudadanos dispuestos a la lucha y al sacrificio. La Revolución francesa es uno de los eventos europeos que con mayor fuerza obran en la profundización de un movimiento ya iniciado en las "cosas", reforzando las condiciones positivas (objetivas y subjetivas) del movimien-

to mismo y funcionando como elemento de agregación y centralización de las fuerzas humanas dispersas en toda la península y que de otra manera habrían tardado más en "concentrarse" y comprenderse entre sí...

(C. 19, pp. 1964-9.)

R*isorgimento italiano.* La función del Piemonte en el Risorgimento italiano es la de una "clase dirigente". En realidad no se trata de que en todo el territorio de la península existiesen núcleos de clase dirigente homogénea cuya tendencia irresistible a unificarse determinara la formación del nuevo Estado nacional italiano. Sin duda existieron, pero su tendencia a unirse fue muy problemática y lo que cuenta es que ellos en su ámbito respectivo no eran "dirigentes". El dirigente presupone al "dirigido" y ¿quien era dirigido por estos núcleos? Ellos no querían dirigir a nadie, es decir no querían unir sus intereses y aspiraciones con las de otros grupos. Querían "dominar" no "dirigir"; aún más, querían que dominasen sus intereses no sus personas, o sea querían que una fuerza nueva independiente de todo compromiso y condición devenga el arbitro de la Nación: esta fuerza fue el Piemonte y por tanto la función de la monarquía. El Piemonte tuvo por tanto una función que para ciertos aspectos puede ser comparada a la del partido o sea del personal dirigente de un grupo social (y de hecho siempre se habló del "partido piemontés"); con la idea que se trataba de un estado, con ejército, una diplomacia, etc.

Este hecho es de suma importancia para el concepto de "revolución pasiva": que no sea un grupo social el dirigente de

otros grupos sino que un Estado, aún si limitado como potencia, sea el "dirigente" del grupo que debería de serlo y poder poner asi a disposición de éste un ejército y una fuerza político-diplomática. Se le puede llamar como se hizo en el lenguaje político-histórico internacional, la función "Piemonte". La Serbia de la primera guerra era el "Piemonte" de los Balcanes (Y Francia después del 1789 y por muchos años hasta el golpe de Estado de Luis Napoleón fue en este sentido, el Piemonte de Europa). Que Serbia no lo logró se debe a que en la postguerra hubo un despertar político de los campesinos, inexistente después del 1848. Si se estudia de cerca lo que sucedió en el reino yugoslavo se ve que en él las fuerzas proserbias o favorables a una hegemonía serbia son las fuerzas contrarias a la reforma agraria. Encontramos un bloque rural-intelectual antiserbio y fuerzas conservadoras favorables a Serbia, en Croacia y en otras regiones no serbias; mientras las fuerzas subversivas no tienen gran importancia social. Para quien ve los asuntos serbios de modo superficial habría que preguntarse que sucedería si el bandolerismo de las regiones napolitana y siciliana existente desde 1860 al 1870 hubiese, existido en 1919. Indudablemente el fenómeno es el mismo pero el peso social y la experiencia política de las masas campesinas son bien diversos después del 1919 de lo que eran después del 1848.

Lo importante es profundizar en el significado de la función tipo "Piemonte" en las revoluciones pasivas o sea el hecho que un Estado sustituya a los grupos sociales locales en el dirigir una lucha de renovación.

Es uno de estos casos donde se tiene a la función de "dominio" y no de "dirección", dictadura sin hegemonía. La hegemonía será de una parte del grupo social sobre el todo, no de éste sobre otras fuerzas para potenciar al movimiento, radicalizarlo, etc., según el modelo "jacobino".

Estudios para ver las analogías entre la época posterior a la caida de Napoleón y la postguerra de 1914-1918. Estas analogías son vistas solamente bajo dos puntos de vista: la división territorial y la más llamativa y superficial del intento por dar una organización jurídica estable a las relaciones internacionales (Santa Alianza y Sociedad de las Naciones). En cambio el rasgo más importante a estudiar parece que sea el que se llamó "revolución pasiva"; un problema que no aparece de modo llamativo porque falta un paralelismo exterior con Francia del 1789-1815. Sin embargo todos reconocen que la guerra de 1914-1918 representa una fractura histórica en el sentido que toda una serie de cuestiones que molecularmente se acumulan antes del 1914 se juntan modificando la estructura general del proceso precedente: basta pensar a la importancia del fenómeno sindical, término genérico para diversos problemas y proceso de desarrollo de diversa importancia y significado (parlamentarismo, organización industrial, democracia, liberalismo, etc.); objetivamente se refleja el hecho que una nueva fuerza social se ha constituido, tiene un peso ya no irrelevante etc., etc.

(C. pp. 1822-1824.)

Se terminó de imprimir
en el mes de mayo de 1996
Tiraje 1,000 ejemplares